



# OBISPO





## OBISPO

## HOMILÍAS

## Santa Misa Crismal

Catedral de San Martiño de Ourense, 12 de abril de 2017.

*“Gracia y paz a vosotros  
de parte de Jesucristo,  
el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos,  
el príncipe de los reyes de la tierra.  
Al que nos ama,  
y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre,  
y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre.  
A él, la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén” (Ap 1, 5-7)*

*Mis queridos hermanos sacerdotes  
Os saludo a vosotros seminaristas, y lo hago con especial afecto porque sois la esperanza de este Presbiterio y de la Iglesia.*

*Hermanas y hermanos míos en el Señor:*

Con este texto de la liturgia de este día de la Misa Crismal quisiera revivir con vosotros aquel momento en el que delante del Obispo hemos sido configurados con Cristo Sacerdote Eterno, por puro amor de Dios. A pesar del trascurso de los años, siempre que volvemos la mirada del corazón agradecido hacia el pasado nos sentimos fascinados por aquel momento que ha sido para cada uno un *don y un misterio* por el cual fuimos constituidos *sacerdotes para Dios* – como nos recuerda el texto del libro del Apocalipsis-, sacerdotes para ser en la Iglesia y en el mundo *otro Cristo, el mismo Cristo*, - como lo repetía san Juan Pablo II- en medio de nuestras gentes y de nuestros pueblos, que nos esperan y tantas veces los vemos como ovejas que caminan sin pastor.

Aquel momento, que por pura gracia podemos revivir constantemente, siempre que celebramos los sagrados misterios, nos ayuda a renovar nuestra entrega y a vivir con fidelidad el ministerio sacerdotal, a pesar de nuestras miserias, debilidades y pecados. Por eso, nos estremecemos cada vez que escuchamos al profeta: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido!* (Is 61, 1). Es el mismo texto que proclama Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 16-21).

Hermanos míos ¡que no nos lo creemos! ¡Hemos sido llamados por nuestro nombre propio! Dios nos ha buscado, nos ha curado el corazón y nos ha dicho *¡tengo sed!* Este grito de Cristo en la cruz sigue repitiéndose constantemente en la

Iglesia y en el mundo. Son muchos los que tienen sed de Dios, también en medio de nuestra sociedad de bienestar, cargada de ruido y de tantas cosas que atrapan la existencia de niños, jóvenes y ancianos, y en ocasiones ¡también a nosotros!. En medio de este mundo surcado por la “*dictadura del relativismo*” también brota, sin ruido de palabras ese grito del crucificado: ¡*Tengo sed!*

Mis queridos hermanos sacerdotes ¡lo sabemos bien! A la luz de estas palabras, el Obispo, con temor y temblor, consciente de sus limitaciones, pero sintiéndose en comunión con toda la Iglesia como el sumo sacerdote del pueblo que peregrina por las tierras ourensanas y aquí representado, sabiendo que del ejercicio de su ministerio deriva y depende, de algún modo, la vida de sus fieles en Cristo y en esta Iglesia particular, os preguntará:

“*En esta conmemoración anual del día en que Cristo confirió su sacerdocio a los apóstoles y a nosotros, ¿queréis renovar las promesas que hicisteis un día ante vuestro obispo y ante el pueblo santo de Dios?*”

*El amor de Dios nos urge*, y es precisamente ese amor de Dios el que nos primerea y potencia de tal modo que, a pesar de los pesares, seguimos diciendo con entusiasmo: *Sí quiero*. Es esta una respuesta que solo se comprende desde el amor de un Dios que por ternura y misericordia para con su pueblo, nos ha elegido para una vocación de amor. ¡No somos funcionarios! Sino que sintiéndonos agradecidos por este don inmerecido, por puro amor de Dios, hemos dicho en aquel día lejano o próximo de nuestra ordenación sacerdotal: *Sí, quiero*. Y ese “*si*” nos ha configurado con Cristo: *No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí*, que actúa en mí, a través de mí persona para hacerle presente en todos los lugares de la tierra; porque el ministerio sacerdotal que recibimos no es para un tiempo o para un lugar determinado, sino que hemos sido constituidos *sacerdotes para siempre* y, a pesar de nuestra frágil historia personal, llevamos en nuestras entrañas esa dimensión de eternidad que nos hace sentir y ser: *Sacerdotes para siempre ¡para siempre!* No podemos jugar con nuestra identidad, si lo hiciésemos, correríamos el riesgo de flirtear con nuestra eternidad y con la de nuestros hermanos y hermanas, quebrando además, toda perspectiva de esperanza, y el ser humano sin esperanza pierde el sentido sobre su propia vida y sobre su muerte.

Para vivir con fidelidad este compromiso necesitamos *unirnos más fuertemente a Cristo y configurararnos con él, renunciando a nosotros mismos*. Aunque lo sabemos bien, y lo hemos recordado en el retiro previo a esta celebración, no está mal que los repitamos. Unirnos a Cristo supone intensificar nuestra vida de oración personal y litúrgica; valorar las experiencias de oración comunitaria, sobre todo en los encuentros sacerdotales con motivo de los retiros, de la reuniones arciprestales o de zona. No se entiende la vida de un buen presbítero sin que participe anualmente en los Ejercicios espirituales. Además de esto, debemos cuidar con esmero nuestra confesión frecuente y valorar más la dirección espiritual.

Hace unos días, decía el papa Francisco: *Recordad que el sacerdote renueva su vida y saca fuerzas para su ministerio de la contemplación de la divina Palabra y del diálogo intenso con el Señor. Es consciente de que no podrá llevar a Cristo a sus hermanos ni encontrarlo en los pobres y en los enfermos, si no lo descubre antes en la oración ferviente y constante. Es necesario fomentar el trato personal con Aquel al que después se anuncia, celebra y comunica. Aquí está el fundamento de la espiritualidad sacerdotal, hasta llegar a ser signo transparente y testimonio vivo del Buen Pastor* (Alocución al Pontificio Colegio Español de Roma, 2017)

Configurarnos con Cristo, maestro, médico y pastor supone tomar en serio el proceso de formación que habiéndose iniciado en el Seminario debe continuar a lo largo de la vida porque *la formación de los sacerdotes es la continuación de un único “camino discipular”, que comienza con el bautismo, se perfecciona con los otros sacramentos de la iniciación cristiana, es reconocido como centro de la vida, en el momento del ingreso al Seminario, y continúa durante toda la vida.*

*La formación, inicial y permanente debe ser comprendida en una visión integral, que tenga en cuenta las cuatro dimensiones propuestas por “Pastores dabo vobis”: humana, espiritual, intelectual y pastoral, que en conjunto componen y estructuran la identidad del seminarista y del presbítero y, además, lo capacitan para el “don” de sí mismo a la Iglesia, contenido esencial de la caridad pastoral* (cf. Ratio, 8-12-2016, n. 2)

¡Qué pena y qué dolor nos causa que una Iglesia como la nuestra invirtiendo tanto en recursos humanos para hacer llegar esas exigencias de formación, a veces nos encontremos con signos de autosuficiencia y de autorreferencialidad pastoral que nos preocupan! Cuidemos nuestra formación y ayudemos a que nuestros hermanos participen en ella. *El itinerario de la formación sacerdotal es, también, una escuela de **comunidad misionera**: con el Sucesor de Pedro, con el propio Obispo, en el propio Presbiterio, y siempre al servicio de la Iglesia particular y universal* (Ibid.n. 2)

Este proceso de configuración con Cristo requiere por nuestra parte, como nos lo recordaba recientemente el Santo Padre a los sacerdotes y obispos presentes en el Pontificio Colegio Español de Roma, con motivo de sus 125 años de historia, que nos convenzamos de que nuestro sacerdocio es un ministerio de entrega y amor, de tal modo que es necesario recordar la consigna evangélica *que allí donde está nuestro tesoro está nuestro corazón* (cf. Mt 6,21), *y que es en nuestras pequeñas cosas, seguridades y afectos, donde nos jugamos el ser capaces de decir que sí al Señor o darle la espalda como el joven rico*. No podemos contentarnos con tener una vida ordenada y cómoda, que nos permita vivir sin preocupaciones, sin sentir la exigencia de cultivar **un espíritu de pobreza radicado en el Corazón de Cristo** que, siendo rico, se ha hecho pobre por nuestro amor (cf. 2 Co 8,9) para enriquecernos con su pobreza. ¡Cómo nos hace inmensamente ricos la vivencia de la “limpia pobreza” como decía san Juan de Ávila!

El papa insistía en esta virtud de la pobreza sacerdotal, tan devaluada, y sin

embargo tan necesaria e imprescindible para *adquirir la auténtica libertad de hijos de Dios*, y así lograr *una adecuada relación con el mundo y con los bienes terrenos, según el ejemplo de los Apóstoles, a los que Jesús invita a confiar en la Providencia y a seguirlo sin lastres ni ataduras* (cf. Lc 9,57-62; Mc 10,17-22). Y añadía con su gracia habitual: *No se olviden de esto: el diablo siempre entra por el bolsillo, siempre. Además, es bueno aprender a dar gracias por lo que tenemos, renunciando generosa y voluntariamente a lo superfluo, para estar más cerca de los pobres y de los débiles.* A través de la sencillez y la austeridad de vida, llegaremos a ser promotores creíbles de una verdadera justicia social (cf. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 30). A veces, en algunas Iglesias particulares, nos podemos encontrar con que la Iglesia es pobre, pero los curas son ricos. Ese desajuste, si se da, supone una falta de comunión y de fraternidad, contra la que nos previene el Señor.

Hoy la Iglesia pone en vuestras manos el tesoro de los Santos Óleos y del Santo Crisma, os ruego que los tratéis con la unción que se merecen. Custodiadlos en lugares dignos ¡son cosas santas!

Finalmente: A vosotros hermanos y hermanas que participáis en esta celebración os ruego como padre, hermano, amigo y Obispo que acompañéis a vuestros sacerdotes, no los critiquéis, recordad aquello que decía santa Catalina de Siena: *¡no toquéis a mis cristos!* Estad cerca de ellos y ayudadles con vuestros consejos y oraciones. Pedid mucho por las vocaciones al sacerdocio.

Una vez más, quisiera encomendaros a la Madre Dios, Señora del Consuelo – tal como se venera en el Pórtico del Paraíso de esta Catedral- os ruego que la imitéis a Ella. Es bueno recordar en este momento aquel consejo de san Juan de Ávila, cuando exhortaba a los sacerdotes a imitar a María: *Mirémonos, padres, de pies a cabeza, alma y cuerpo, y nos veremos hechos semejables a la sacratísima Virgen María, que con sus palabras trujo a Dios a su vientre... Y el sacerdote le trae con las palabras de la consagración (Plática 1ª a los sacerdotes).* La Madre de Cristo es modelo de aquel amor que lleva a dar la vida por el Reino de Dios, sin esperar nada a cambio, porque se hizo pobre ante la riqueza de su Hijo y Señor, por eso pudo vivir la total disponibilidad al querer de Dios convirtiéndose en Bienaventurada entre todas las criaturas del cielo y de la tierra.

Bajo el amparo de Nuestra Señora, en el clima de honda comunión presbiteral y de íntima fraternidad, *en virtud de la común ordenación sagrada y de la común misión (Lumen gentium, 28)*, sirvamos más y mejor a todos nuestros hermanos con rectitud de intención y total dedicación, promoviendo la comunión y la unidad en esta Iglesia particular, que hace hoy un año fue invitada a un Sínodo Diocesano que ya está dando sus frutos, y tengo la certeza que será para mayor bien de todos aquellos que peregrinamos en la fe por estas tierras, de toda la sociedad humana a la que debemos servir, y sobre todo para pregonar a Aquel que *nos ha hecho sacerdotes para Dios. A él, la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.*

## Exequias del Rvdo. D. Luis-Odón Álvarez Tejada

Iglesia de María Auxiliadora. Ourense. 27 de abril de 2017.

Rom 14, 7-9.

Jn 11, 17-27

*Mis queridos hermanos Sacerdotes*

*Hermanas y hermanos míos en el Señor.*

Permitidme que salude con especial afecto a las hermanas, al hermano, y demás familiares de don Luis y les manifieste mi sentimiento de pésame, en mi nombre y en el de los sacerdotes, no solo de los presentes sino también de otros muchos que no han podido asistir a esta celebración por motivos pastorales. Vuestro dolor es también el nuestro porque este sacerdote formaba parte de esta gran familia que es el Presbiterio Diocesano que siente la muerte de D. Luis de una forma tan viva al haber acontecido ésta de una manera repentina. Quisiera expresaros mi cercanía, afecto y preocupación a los fieles de las parroquias de San Esteban de Cambeo, Santiago de Gustei, San Juan de Coles y San Julián de Ribela, que os encontráis hoy aquí.

Mis queridos amigos: Nos hemos reunido en este templo, bajo la mirada de la que es Auxilio de los Cristianos, para celebrar el sacramento de nuestra fe y pedirle al Señor por el eterno descanso de nuestro hermano sacerdote y para que nos aumente la esperanza. Como siempre que nos encontramos para vivir la Eucaristía, la Palabra del Señor que ha sido proclamada en esta asamblea litúrgica, nos ha ofrecido el mensaje de la salvación para reconfortarnos en estos momentos. Este mensaje, aunque repetido tantas veces, adquiere de manera más viva en esta segunda semana de Pascua, y sobre todo en esta dolorosa ocasión, una fuerza especial:

*Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre (Jn 11, 25)*

Estamos tan acostumbrados a oír, decir, e incluso cantar este versículo del Evangelio que puede ser que haya perdido fuerza e intensidad en nuestras vidas; sin embargo, de manera especial ante la experiencia pascual vivida de una manera definitiva por este hermano sacerdote, esta Palabra adquiere una fuerza y un dinamismo más comprometido. Por otra parte, conviene no olvidarnos que en este texto del IV Evangelio al hacer esta profesión de fe en la vida eterna se nos pregunta a cada uno, lo mismo que en su tiempo le preguntó Jesús a Marta, la hermana de Lázaro: *¿Crees esto?* (Jn 11, 26)

Ante los restos mortales de este hermano nuestro tenemos que hacernos esta misma pregunta *¿Crees esto?* ¿Creemos que el Crucificado está Resucitado, está

vivo y que la muerte ha sido vencida? O seguimos buscando entre los muertos al que vive. ¡Al Viviente! como nos lo presente el libro del Apocalipsis, Aquel que es principio y fin de nuestra existencia y del cosmos.

Estamos acostumbrados a predicar este mensaje en momentos similares y parece que nos hemos convertido en expertos profesionales de la Palabra; sin embargo, en estas circunstancias en las que uno de nuestros compañeros, con el que departíamos amablemente hace tan solo muy pocas horas, las palabras de Jesús adquieren una fuerza de salvación para nosotros. Cuando vivimos nuestra fe en el Crucificado-Resucitado, no como una teoría más, sino como una experiencia viva, eso se nota en el tenor de nuestra existencia creyente. Las palabras de Jesús nos invitan constantemente a sentirnos siempre en camino hacia la Pascua. Son palabras que nos hablan de cambio, de conversión personal y comunitaria. Por eso, si vivimos **de cara a la vida eterna**, nuestra forma de vivir nuestro cristianismo, nuestra vocación particular y, en el caso de muchos de los que estamos aquí, nuestro ministerio sacerdotal, seguro que será muy diferente. Cuando sabemos y vivimos la certeza de que no sólo estamos llamados a la eternidad, sino que esta llamada puede llegar cuando menos lo pensemos, entonces nos esforzamos por vivir el momento presente con pasión y autenticidad; y ayudados por el dinamismo de la gracia de Dios somos capaces de ir relativizando todo aquello que es efímero y transitorio y que tantas veces reclama nuestra atención haciéndonos olvidar de que debemos *centrarnos en lo esencial*, como nos lo recuerda constantemente el papa Francisco. De ahí que la experiencia que hoy nos ofrece el Apóstol Pablo nos interpela fuertemente y nos llena de esperanza: *Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor* (Rom 14, 8).

*¡Somos del Señor!* Desde la perspectiva de la eternidad, nuestra vocación cristiana, y en concreto, el ejercicio de nuestro ministerio sacerdotal adquieren un relieve y una fuerza que hace que ¡hasta las cosas más pequeñas tengan un gran sentido! Cuando vivimos en esta clave de eternidad todas nuestras ocupaciones ¡toda nuestra vida!, también el ejercicio del ministerio pastoral, la celebración de la Eucaristía, el vivir desprendido de las cosas, el sabernos servidores y administradores y no dueños de aquello que nos han encomendado, en definitiva, toda nuestra lucha en lo de cada día constituye una parte, no pequeña, de nuestro camino hacia la Pascua eterna, hacia la santidad. Por eso, es necesario que nos planeemos muchas veces esta pregunta que brota de la Palabra proclamada.

*¡Crees en la vida eterna!*

Cuando nos disponemos a cumplir con el triste deber de dar sepultura a un hermano sacerdote, como D. Luis Álvarez Tejada, que sirvió con fidelidad a esta Iglesia, os invito a que repasemos con el corazón agradecido la historia del ejercicio de su ministerio y, sin ninguna duda podemos decir: *¡Sus obras le acompañan!*



Obras que dejamos en las manos del Padre que es rico en misericordia. Desde aquel 22 de diciembre de 1965, día de su ordenación, pasando por sus primeras tareas pastorales en esta ciudad: Santa Eufemia del Norte, la Santísima Trinidad, Villamayor de Boulosa, Rubiás dos Mixtos, San Lorenzo de Tosende, San Payo de Abades, Santa Marina de Aguasantas, Santiago de Folgoso, Seixalvo y, últimamente, Gustei, Cambeo, Bóveda de Amoeiro, Coles y Rivela. Sin omitir las tareas docentes llevadas a cabo en el Instituto y en otros centros académicos, son prueba de su buena acción.

Hoy rezamos por él, un día, cuando y como Dios quiera, rezarán también por nosotros; así nos lo enseña aquel gran maestro que fue San Agustín: *la vida es una propedéutica para la muerte*. Es un entrenamiento para morir bien. La oración de la Iglesia que ahora hacemos por nuestro hermano sacerdote, nos invita a preguntarnos una vez más por nuestra fe en la eternidad.

¿Crees esto?

Es decir, ¿creemos en que Jesús, el Señor, es la resurrección y la vida? ¿Cree cómo cree la Iglesia? Si nuestra fe es auténtica, como nos recuerda el papa Francisco, tiene que llevarnos a salir de nosotros mismos, de nuestros criterios y opiniones, de nuestras excesivas preocupaciones por el mañana que nos llevan a agarrarnos a las cosas y a los criterios de este mundo que pasa y esta actitud nos impide ser libres porque termina por convertirnos en esclavos de la realidad que nos rodea, de las posesiones, de la cuenta corriente; en definitiva, nos lleva a caer en esa *mundanidad* que termina por achatar nuestra vida creyente.

Os invito a que volvamos la mirada del corazón al texto de san Pablo que hemos proclamado en esta liturgia: *Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor*. Nuestros conciudadanos, por el tenor de nuestra forma de vivir, sabrán percibir que *vivimos para el Señor* y que somos fieles a Dios en la Iglesia, sobre todo por la coherencia con que vivimos no solo el ejercicio del ministerio sacerdotal al que hemos consagrado nuestra vida, como lo hizo D. Luis, sino con toda nuestra existencia de fe. Solo desde la fe, es decir, solo si nos abrimos a la fe en Jesucristo Resucitado y vivo, solo así, seremos capaces de salir de nosotros mismos *-rompiendo con esa mundanidad-* y de este modo nos convertiremos en testigos creíbles capaces de atraer a la Iglesia, en definitiva, a Dios, a esos hermanos y hermanas que tantas veces se sienten desconcertados o se han alejado de la Iglesia.

Nuestro hermano D. Luis a lo largo de su vida dejó signos elocuentes de su presencia sacerdotal, hoy los ponemos en las manos de Aquel que es misericordioso y le pedimos que le reciba en esos cielos nuevos y en esa tierra nueva; y a nosotros, que nos conceda una fe fuerte para que nos aliente en nuestro camino. Suplico para nuestro hermano sacerdote el descanso y la paz eterna. Que el Señor lo recompense por el cuidado con que ha ejercido su sacerdocio en las distintas

tareas pastorales y académicas. Todavía recuerdo la Visita pastoral que hice a sus parroquias, fui testigo de la delicadeza y de la ternura de un auténtico sacerdote, servidor de la comunidad creyente, que solo buscaba el bien de los fieles y la Gloria de Dios.

A vosotros, mis queridos hermanos que vivís vuestra fe en las comunidades cristianas que administraba D. Luis, os ruego que seáis conscientes de que la situación de nuestra Iglesia no es la de hace años en donde a cada parroquia le correspondía un cura. Ahora es imposible mantener esta situación. Y esto no solo porque ha bajado el número de vocaciones sacerdotales, sino porque en este momento de nuestra historia tenéis que descubrir que la Iglesia no solo es un asunto que le concierne al obispo y a los sacerdotes, también a todos los fieles bautizados que quieren vivir una fe cristiana más viva y comprometida. Es necesario que ayudéis al sacerdote que os atiende y que seáis comprensivos con él porque deberá atender otras comunidades cristianas.

En nuestra Iglesia particular estamos creando *unidades de atención parroquial* previendo circunstancias como estas, o anticipándonos a otras dificultades con las que nos encontramos, cada vez con más frecuencia, debido a la edad media de nuestro clero, y a la disminución de los miembros activos de nuestras comunidades parroquiales dispersas por el ámbito rural de nuestra Diócesis. Con esta estructura pastoral un mismo sacerdote o, lo que sería deseable, un equipo sacerdotal podrá atender un grupo de parroquias, ejerciendo como párrocos en todas y en cada una de ellas, constituyendo centros de atención pastoral, es decir, centrandolo el culto litúrgico habitual en las parroquias más pobladas y con mayor actividad. No podemos exigir a nuestros sacerdotes, a veces ancianos o enfermos, que los domingos y festivos hagan largos recorridos para celebrar una Misa a pequeños grupos de fieles que, para otras actividades no tienen ningún problema en desplazarse a otros lugares, sin embargo, para oír Misa no lo hacen. Los fieles, que auténticamente viven su fe cristiana, deberán acudir a la Santa Misa allí donde se celebre, tal como se hacía al principio del cristianismo. Si tuviéramos una fe más viva y comprometida colaboraríamos más con la parroquia, ayudaríamos a nuestros sacerdotes con nuestra oración y cuidado y no les estaríamos censurando por lo que no hacen o por lo mal que nos atienden, o quizás porque llegan tarde e ignoramos los motivos serios de su retraso, a veces por entretenerse atendiendo a alguno de los feligreses.

Os ruego que recéis por D. Luis, que pidáis por la santidad de los sacerdotes ¡para que seamos fieles! Que cubráis con la capa de la caridad los errores y fallos de vuestros sacerdotes ¡ayudadles, no les critiquéis! Estamos comenzando un Sínodo Diocesano, que es un camino que tenemos que recorrer. Abrid vuestros corazones a la gracia del Señor y Él os concederá una existencia nueva. No os olvidéis de pedir por los seminaristas, para que perseveren. ¡Con qué ilusión y sano

orgullo presumía D. Luis de los seminaristas de sus parroquias. Procurad cuidar las catequesis y la preparación de los niños para la primera confesión y la primera comunión. Ahí es donde comienzan a fraguarse las vocaciones. No obstaculicéis el que vayan los niños al Seminario Menor ¡no tengáis miedo! El Seminario Menor no es una fábrica de curas, sino una estructura académica en donde los niños y los jóvenes adquieren los estudios adecuados y, además, una formación cristiana que les servirá para su propia vida; en el Seminario se trabaja en dar una formación integral a nuestros jóvenes y, si el Señor les concede la vocación sacerdotal ¡bendito sea Dios!.

Entre las tareas pastorales que realizaba D. Luis estaba el acompañar a los Equipos de Nuestra Señora. ¡Era consciente de que la clave fundamental de la educación en la fe se encuentra en la familia, de ahí que le dedicaba tiempo a este servicio callado e impagable, pero lo hacía con su alegría y disponibilidad características, sabiendo que él mismo se beneficiaba de la vivencia de la fe que encontraba en los matrimonios que atendía.

Volvemos la mirada a esta realidad que tenemos aquí presente. Los restos mortales de D. Luis nuestro hermano sacerdote y para él pedimos ¡Dale Señor el descanso eterno! ¡Que descanse de sus fatigas! y que sus obras obtengan de las manos del que es rico en Misericordia el premio que merece por su dedicación y, si necesita nuestra ayuda fraterna, ofrecemos esta Santa Eucaristía como sufragio para que el Señor le perdone todo aquello que a causa de la fragilidad del corazón humano pudo haber cometido.

Que Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, Auxilio de los cristianos y Remedio de nuestro males, especial protectora de los sacerdotes, abra su regazo de Madre Misericordiosa y, haciendo nuestro el sentir de aquella antiquísima oración, le podemos decir: Acuérdate, ¡oh Madre de Dios!, cuando te encuentres ante la presencia del Altísimo de decirle cosas buenas de nuestro hermano y también de cada uno de los que estamos aquí, para que nuestro paso por este mundo se convierta en un camino seguro que nos lleve a esos *cielos nuevos y esa tierra nueva* que el Buen Dios tiene preparado para los que ama.

¡Que así sea!

## Fiesta de San Juan de Ávila

Seminario Mayor “Divino Maestro”. 10 de mayo de 2017.

*Querido D. Camilo, Obispo emérito de Astorga.*

*Saludo con cordial afecto a Mons. José María Gil Tamayo. Secretario General de la Conferencia Episcopal Española.*

*Hermanos en el sacerdocio.*

*Queridos seminaristas del “Divino Maestro”, del “Redemptoris Mater” y del Seminario Menor.*

*Hermanas y hermanos ¡queridos amigos!*

Con todos vosotros quisiera dar gracias al Señor por la fidelidad de este grupo de sacerdotes que hoy celebran los 50 y 60 años en el ejercicio del ministerio sacerdotal. Constituís para todos los que estamos aquí, empezando por el Obispo, un testimonio coherente de la verdad de Dios que se ha hecho vida en cada una de vuestras historias personales, que han sido, y siguen siendo un signo de la misericordia del Señor y un don de su gracia concedido a esta Iglesia en Ourense.

Con las palabras de la oración colecta de la memoria litúrgica de San Juan de Ávila le hemos pedido al Señor: *Haz que también en nuestros días crezca la Iglesia en santidad por el celo ejemplar de sus ministros.* Si volvemos la mirada a la época de san Juan de Ávila nos damos cuenta de que aquella primera mitad del siglo XVI, - sabemos que murió el 10 de mayo de 1569 - , fue un periodo complejo y difícil de la historia de la Iglesia en Europa y, especialmente, en los que eran dominios españoles en el mundo entonces conocido; esa situación nos ayuda a descubrir con mayor realismo la figura de este gran maestro de sacerdotes. Porque, a pesar de aquellas graves dificultades supo centrarse en lo que para él era *lo esencial* en la vida, como muy bien nos lo recuerda hoy en día el papa Francisco. Lo esencial era y sigue siendo Nuestro Señor Jesucristo. Aquel Crucificado que está Vivo.

En nuestra vida es conveniente que sepamos echar la mirada a nuestra historia, desde una inmersión radical en el presente, si queremos proyectarnos sin miedos y con esperanza en el futuro, ¡porque *no podemos dejar que nos roben la esperanza!*. Os invito, mis queridos hermanos sacerdotes que celebrarías vuestras bodas sacerdotales, a que hagáis esta sencilla reflexión: De la situación de aquella Diócesis cuando vosotros erais curas recién ordenados a la actual han cambiado muchas cosas; sin embargo, en todos esos acontecimientos sociales y eclesiales vosotros habéis sido los protagonistas y los colaboradores principales que tuvo y tiene el Espíritu Santo que, como alma de la Iglesia, encontró en cada uno corazones abiertos al don de Dios y entusiastas incansables de la obra evangelizadora.

Os habéis ordenado para ser ministros del Evangelio y dispensadores de los misterios de Dios. Vuestros obispos han podido apoyarse en vuestra fidelidad y

entrega; hoy, con el transcurso de los años, toda nuestra Iglesia Diocesana contempla la historia de vuestra vida y da gracias a Dios por todos y cada uno de los aquí presentes y de aquellos que no se han podido sumar a nuestra celebración, y ruega al cielo que os conceda la fortaleza y la disponibilidad, que siempre habéis tenido, para seguir siendo esos *sacerdotes fascinados por lo esencial*, que deseáis seguir trabajando como *obreros de la viña del Señor* en el servicio de esta Iglesia y para Gloria de Dios.

Hemos querido proclamar en esta celebración los textos de la liturgia de la Palabra del pasado domingo del “Buen Pastor”, creo que son lo más adecuado para esta Eucaristía. El texto que nos ofrece el IV Evangelio es una hermosa alegoría que nos acerca a la ternura de un Dios que se hace cercano y misericordioso, que siempre está dispuesto a ponerse en camino para buscar y curar a la *oveja descarriada*. Es esta una invitación constante a estar siempre en disposición de salir al encuentro de los hermanos necesitados. Hemos podido escuchar cómo *Jesús les puso esta comparación – la del Buen Pastor –, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús: En verdad, en verdad os digo: Yo soy la puerta...*

¡Hermanos míos! Seremos capaces de descubrir lo que significa la alegoría del Buen Pastor y hacerla carne en nuestra propia existencia si luchamos por entrar por esa *puerta estrecha* que conduce a la vida y esa puerta es el mismo Jesucristo. Ese descubrimiento lo habéis hecho siendo niños y, sobre todo en los años de Seminario previos a vuestra ordenación sacerdotal. La certeza de que el cristianismo no es el cumplimiento de una serie de normas de conducta o de una praxis ascética determinada sino el encuentro vivo con la persona del Resucitado, ha sido el dinamismo y la fuerza que os ha hecho decir, en aquellos momentos de vuestra historia y que hoy, a pesar de las sombras silentes del pasado que forman parte de vuestra historia, seguís repitiendo: *Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad*. Y os habéis puesto en camino. Y con la ayuda del cielo habéis llegado hasta aquí.

Si pudiéramos repasar los distintos momentos y destinos pastorales que habéis desempeñado a lo largo de estos años descubriríamos una vida de fidelidad y siempre disponible al ministerio de la Iglesia. Habéis recorrido, de un lugar a otro, la ancha y larga geografía diocesana. Y en muchos lugares de esta Iglesia particular habéis dejado signos elocuentes de vuestra fidelidad. Esto es así porque os ordenasteis sacerdotes para servir a la Iglesia allí donde la Iglesia, por ministerio del Obispo, os ha enviado. Luchasteis por ser sacerdotes servidores de la Comunidad. Os suplico que recéis mucho por las nuevas generaciones para sepan entregarse con fidelidad y disponibilidad cada día en la viña del Señor porque sólo así encontrarán un sentido pleno para su vida sacerdotal.

En definitiva, vosotros, desde el primer momento os habéis esforzado, ayudados por la gracia de Dios y las mediaciones de la Iglesia, por entrar por aquella puerta estrecha que es Cristo y sólo Él os ha conducido a la vida sacerdotal, una

vida que con la ayuda del Señor y la fuerza del Espíritu Santo os ha ayudado a querer a la Iglesia y, en ocasiones, no exentas de dolor y de sacrificio, hicisteis vuestras las palabras de aquella santa de la misericordia en un grave momento de tribulación con sus superiores y con algunas hermanas de su Comunidad: *Oh Iglesia de Dios, tú eres la mejor de las madres. Tú sola eres la única que sabes educar y haces crecer a las almas en el camino de la santidad. Oh, cuanto amor y cuanta veneración siento por la Iglesia, por la mejor de las madres*<sup>1</sup>.

Esta mujer dejó escrito en su *Diario* estas y otras reflexiones semejantes, a pesar de las dolorosas circunstancias que le han acompañado en su breve existencia por esta tierra. Me pregunto, y os pregunto, si hemos experimentado esos mismos sentimientos por la Iglesia. En nuestra propia historia todos hemos vivido situaciones tensas y difíciles, tanto dentro como fuera de nosotros mismos; a veces hemos sufrido correcciones dolorosas que sólo una madre es capaz de hacer a sus hijos, aunque estos vayan haciéndose mayores, porque solo una madre es capaz de quererlos hasta la muerte. Una madre, como la Iglesia, que nos ha enseñado a través del testimonio de los santos, como san Juan de Ávila, que la cruz es el camino de la gloria.

Estamos viviendo tiempos recios en la Iglesia, que son ocasión propicia para vivir en esperanza. En este contexto, quisiera invitaros a que recordarais aquellas bellísimas palabras pronunciadas por el beato Pablo VI acerca de la Iglesia que se encuentran en su testamento: *Puedo decir que siempre la he amado... y que para ella, no para otra cosa, me parece haber vivido. Quisiera abarcarla toda en su historia, en su designio divino, en su destino final, en su compleja, total y unitaria composición, en su consistencia humana e imperfecta, en sus desdichas y sufrimientos, en las debilidades y en las miserias de tantos hijos suyos, en sus aspectos menos simpáticos y en su esfuerzo perenne de fidelidad, de amor, de perfección y de caridad. Querría abrazarla, saludarla, amarla en cada uno de los seres que la componen, en cada obispo y sacerdote que la asiste y la guía, en cada alma que la vive y la ilustra; bendecirla (...)* Y, *¿qué diré a la Iglesia, a la que debo todo y que fue mía? Las bendiciones de Dios vengan sobre ti; ten conciencia de tu naturaleza y de tu misión; ten sentido de las necesidades verdaderas y profundas de la humanidad; y camina pobre, es decir, libre, fuerte y amorosa hacia Cristo*<sup>2</sup>.

En una ocasión como esta es bueno recordar el testimonio de los que ha sido fidelísimos hijos de la Iglesia, y han vivido y sentido en sus propias carnes el misterio de sus grandezas, también, los sufrimientos que han podido causarnos los desaciertos, las equivocaciones y los pecados de algunos de sus hijos. Sólo sintiendo a la Iglesia como algo propio; es más, solo viviendo el misterio de la Iglesia

---

1 SANTA FAUSTINA KOWALSKA, *Diario, I Cuaderno*, 27-3-1933

2 BENEDICTO XVI, Homilía en Brescia, *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 12 de agosto de 1979, p. 12.

como esa madre, o como esa gran familia que ha dado y sigue dando sentido a nuestras vidas, sólo así podremos vivir la fraternidad y la comunión, y como consecuencia de todo ello: la *disponibilidad en nuestro ministerio*. No podemos convertir la Iglesia en una especie de hacienda propia de la que podemos sacar provecho personal. Ella es un misterio de comunión y de amor abierto en las entrañas del mundo para ser un eco constante del Evangelio de la alegría.

Hace ya más de un año que en nuestra Diócesis hemos iniciado *un camino sinodal*, podéis tener la certeza de que es providencial y, además, responde al querer del papa Francisco que nos pide una conversión personal para lograr esa transformación pastoral imprescindible que nos ayude a superar esas inercias existenciales que nos paralizan con temores y miedos. Hoy, más que nunca, necesitamos abrir de par en par nuestro corazón para salir de nosotros mismos y acercarnos a los hermanos allí donde se encuentran: abrírnos a esas *periferias existenciales* que, en muchas ocasiones no están lejos de nosotros.

Hermanos míos sacerdotes: Cuando vosotros erais sacerdotes jóvenes los templos se llenaban de niños, jóvenes y ancianos; actualmente esto ya no es así. Ante estas situaciones que son una muestra de que el mundo y sus gentes han cambiado corremos el riesgo de seguir haciendo lo mismo de siempre; sin embargo, percibimos en lo más íntimo de nuestro ser que ese no es el camino. La Iglesia hoy nos pide, en palabras de Francisco: *nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre "nueva"* (EG, nº. 11)

Hoy como entonces, en los primeros momentos del cristianismo, tal como nos ha manifestado el texto de los Hechos de los Apóstoles que hemos proclamado en esta liturgia, nos acercamos a Pedro y a los demás apóstoles y les decimos: *¿Qué tenemos que hacer, hermanos? Pedro les contestó: Convertíos...!*

Hoy, en la Iglesia, Pedro tiene un nombre: Francisco. Y con sus palabras, y sobre todo con sus gestos expresivos, censurados por algunos y aplaudidos por la multitud, hoy el papa nos invita a que emprendamos el camino de la conversión personal como itinerario imprescindible para hacer presente en el mundo el Evangelio *que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesucristo*.

Os invito a qué volvamos la mirada a Santa María Madre, en estos días queremos contemplarla como Señora del Rosario de Fátima y descubrir, una vez más, como ella, al igual que hace un siglo, nos está pidiendo lo mismo que Pedro: *conversión*.

Que la Madre Dios y Madre nuestra, y san Juan de Ávila, ejemplo sacerdotal que hizo de la conversión constante un proyecto de vida, sean para nosotros intercesores efectivos para que seamos auténticos testigos misioneros como el papa hoy nos pide y la Iglesia necesita.

¡Qué así sea!

**Ofrenda a San Martín presentada  
por el Coronel Jefe de la Guardia Real en su visita a Ourense**

Catedral de Ourense, 20 de mayo de 2017.

*Excmo. Cabildo de la Catedral de Ourense*

*Hermanos sacerdotes concelebrantes*

*Excmo. Sr. Alcalde de Ourense*

*Excma. Sra. Delegada de la Xunta de Galicia*

*Excmo Sr. Vicepresidente da Diputación Provincial*

*Excmo. Sr. Subdelegado de Defensa*

*Excmas. e Ilmas. Autoridades*

*Saludo con cordial afecto a todos los que formáis parte de la Guardia Real*

*A los miembros de la Asociación de "Amigos de la Catedral de Ourense"*

*Hermanos y Hermanas en el Señor*

*Ilmo. Sr. Oferente:*

Con motivo de vuestra gozosa y singular presencia en esta provincia y en esta ciudad noble y acogedora, un buen número de miembros de la Guardia Real, a través del Ilmo Sr. Oferente habéis querido hacer esta invocación y ofrenda a San Martín de Tours, nuestro Santo Patrono.

Vuestra vocación de soldados al servicio de S. M. El Rey, es una labor que realizáis sabiendo que el cuidado y protección que prestáis al primero de los españoles, se convierte en una atención desinteresada por cada uno de los ciudadanos que deseamos vivimos en libertad, en cada uno de los pueblos que componen esta antigua nación que es España.

Las autoridades y todas las buenas gentes de Ourense salen a sus calles para recibirlos y agradecerlos vuestra presencia y el delicado servicio que prestáis al Jefe del Estado y a los demás miembros de la Familia Real.

Como soldados habéis querido acercaros a este antiquísimo templo, la única catedral española consagrada a la gloria de Dios por intercesión de San Martín de Tours, para homenajear a aquel que en el lejano siglo cuarto ejerció como soldado encargado, también él, de custodiar la persona del emperador.

¡No eran tiempos fáciles para aquellos que sentían en su corazón el dinamismo de la fe cristiana! Como tampoco lo son en estos momentos de nuestra historia. Bien es cierto que cuando el joven Martín desempeñaba su servicio castrense, el cristianismo se había convertido en una religión tolerada dentro del Imperio; pero a pesar de todo, el ambiente seguía siendo pagano y, muchas veces, contrario al Evangelio de Jesucristo y se resistían a su anuncio y proclamación.

*Hermanas y hermanos:*



El texto de los Hechos de los Apóstoles que acabamos de proclamar nos cuenta cómo san Pablo va pasando por distintas ciudades y les va comunicando a todas ellas las decisiones de los apóstoles de Jesús, se nos dice, también, como las diferentes comunidades *se robustecían en la fe y crecían en número de día en día*, al ser evangelizadas. La pretensión del Apóstol era predicar el nombre de Jesús en Asia pero se nos dice que *el Espíritu de Jesús no se lo consintió*. Y en aquella situación recibió la orden del Señor de predicar en Macedonia, la puerta de Europa. Fue precisamente ahí en donde comenzó la gloriosa aventura de la evangelización de lo que más tarde se llamaría Occidente.

Cuatrocientos años más tarde de aquel evento, un joven que llevaba el nombre de Martín en honor a Marte, dios pagano de la guerra, procedente de las tierras de Panonia, en la actual Hungría, se convertirá en el evangelizador del mundo de las *Galias*, lo que hoy llamamos Francia. ¿Cómo se logró esa transformación de pagano en cristiano? ¡De soldado en monje!

Martín se encontró con el signo elocuente de la cruz. Y se sintió impactado por el cristianismo que se le hizo presente no sólo en un signo, sino a través de la realidad de la cruz hecha carne en aquellos que seguían al Nazareno. Se sintió atraído por la vida y el heroísmo de tantos seguidores de Jesús, por las narraciones de las gestas de los mártires que fascinaban su corazón joven, y le hacían desear morir por aquel Crucificado-Resucitado, que se había entregado por amor en los brazos redentores de una cruz. En las carnes de algunos de aquellos testigos, todavía vivos, se podían contemplar las señales elocuentes de su fidelidad al Resucitado; habían resistido a las vejaciones y torturas sufridas por el nombre de Jesucristo. Desde entonces, el signo de la cruz adquirió para Martín un sentido totalmente distinto, ya no era un patíbulo, ni un instrumento de tortura, se convirtió en un signo de gloria. En un signo de amor, y así es percibido por tantos de nuestros conciudadanos sean o no cristianos.

El texto del Evangelio de san Juan nos ha ofrecido unos fragmentos de una predicación de Jesús: *Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros, porque no es el siervo más que su amo (Jn 15, 18-21)* El encuentro con la cruz será para Martín una manifestación elocuente de la verdad del cristianismo. *Y la verdad no miente*. Pensaba que una religión en la que Aquel que se entregó por amor a todos los hombres, y que murió perdonándoles: *Padre, perdónales porque no saben lo que hacen*, la religión de Aquel crucificado que acogía en el momento supremo del martirio a un condenado diciéndole, misericordiosamente: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso (...)*, una religión que vivía el misterio de la cruz de este modo, necesariamente tenía que ser más auténtica que aquellas otras que se contentaba con quemar incienso o sacrificar animales ante las mudas imágenes de los ídolos fabricadas por las manos de los artistas. Por si esto fuera poco, también había descubierto en el grupo de los cristianos una manera de actuar que

fue ganando para la causa de Cristo el corazón de aquel joven: era el hecho de constatar el cariño con el que se trataban los cristianos entre sí y la manera que tenían de compartir todos los bienes que poseían ¡*Mirad cómo se aman!* Escuchaba. Era el comentario lleno de admiración que aquel comportamiento suscitaba en medio de aquella sociedad pagana y pagada de sí misma.

Martín ya que no podía ser mártir, porque los tiempos habían cambiado, siente que comienza a crecer en su vida la admiración por aquellos que se dejaban ganar el corazón por el Evangelio de Jesucristo y que dejándolo todo: padre, madre, hermanos, mujer, hijos y bienes – como afirma el Evangelio –, se alejaban de las urbes y buscando la soledad y los lugares más solitarios, se entregaban radicalmente solo a Dios, porque eran conscientes de que ¡sólo Dios basta!. En este estilo de vida Martín descubre una nueva milicia: se hace monje. A partir de este momento esta será la auténtica vocación de San Martín: fue monje y, en contra de su voluntad el pueblo creyente le proclamó obispo de Tours, y como tal, sin dejar de ser monje, se convirtió en uno de los grandes evangelizadores del mundo conocido.

San Martín es uno de esos personajes de la historia del cristianismo que sigue atrayéndonos con la fuerza y la noble riqueza de su vida. Es normal pues, que vosotros, hombre y mujeres que formáis parte de este grupo selecto de soldados que prestáis un servicio tan singular, hayáis querido acercaros a esta *casa del Señor San Martín* para ofrecerle vuestro homenaje y suplicarle su patrocinio sobre vosotros y sobre los vuestros.

Hacemos nuestros los deseos expresados por el Ilmo. Sr. Oferente y suplicamos que Santa María Madre y San Martín os bendigan y protejan a cada uno de vosotros y a vuestras familias. Que aparten de nuestra Patria cualquier signo de violencia y de división. Que nos ayuden a ser generosos compartiendo lo que tenemos con los necesitados y que sepamos abrirnos a los que buscan entre nosotros un lugar para vivir y un trabajo digno. Hoy más que nunca, necesitamos volver la mirada al cielo y suplicar a San Martín que *todos los españoles podamos vivir en verdad y libertad, en justicia y paz, en unidad y concordia* tal como lo suplicaba en su invocación el Ilmo. Sr. Oferente. Sé que en vuestros corazones también hay una súplica pidiendo a San Martín que proteja a S. M. el Rey para que en estos momentos singulares de la historia patria y del mundo, todos sepamos descubrir y valorar *aquello que es esencial* y que nos une, evitando todo tipo de caminos y experiencias que puedan convertirse en aventuras de muy difícil retorno.

Que San Martín os guíe y proteja, os bendiga y os guarde a vosotros y a todos los vuestros, y que os acompañe en vuestro servicio ahora y siempre.

¡Qué así sea!

## Eucaristía celebrada con motivo del Bicentenario Marista (1817-1917)

Colegio de los Hermanos Maristas de Ourense. 28 de mayo de 2017.

*Mis queridos hermanos sacerdotes concelebrantes.*

*Quisiera saludar cordialmente a la Comunidad de los Hermanos Maristas que hoy, de manera especial, hacéis presente en esta ciudad el carisma de san Marcelino Champagnat.*

*Saludo con especial reconocimiento al Equipo Directivo de este Colegio y les agradezco que me hayáis invitado a dar gracias a Dios con vosotros por esta hermosa efeméride.*

*Al claustro de profesores y a la Asociación de Padres de Alumnos.*

*A los alumnos de este centro que sois el alma, el corazón y el objetivo fundamental de este carisma educativo y cristiano, ya bicentenario, que se quiere hacer vida en cada uno de vosotros. A los exalumnos y amigos del Colegio*

*A todos vosotros hermanas y hermanos. ¡Queridos amigos todos!*

Hace hoy 228 años, precisamente el día de la Ascensión de 1789, el noveno hijo del matrimonio formado por Juan Bautista Champagnat y su esposa María Teresa Chirat, era llevado a la iglesia parroquial de Rosey - archidiócesis de Lyon- para recibir el sacramento del bautismo. Se le impondrían los nombres de Marcelino José Benito. ¡No eran tiempos fáciles! Era la época de la Revolución Francesa que suponía un cambio radical a aquel Antiguo Régimen agotado y enfermo que necesitaba una fuerte transformación, aunque no de forma tan violenta y dramática. Juan Bautista Champagnat, cabeza de aquella familia numerosa, hombre abierto, acogedor, comprensivo y con un gran espíritu de iniciativa, supo captar el pulso de aquellos acontecimientos históricos y no se mantuvo al margen sino que se atrevió a participar en primera línea del compromiso social. Poseía, para aquellos tiempos, un elevado nivel de instrucción. En el archivo de san Marcelino se conservan algunas de sus cartas en donde se nos manifiesta que su escritura es impecable, propia de una persona cultivada en aquel momento en el que tan sólo un pequeño segmento de la población sabía leer y escribir; por otra parte, también poseía una gran facilidad para hablar en público, así como una buena capacidad de gestión y dirección. Aquel agricultor llegó a ejercer diversas funciones administrativas y cargos como juez de paz, llegando a obtener el primer lugar en la votación como delegado de sus convecinos. Sabemos que todo este compromiso social tenía unas graves implicaciones en el ámbito de las libertades, y de manera especial en la vivencia de la vida religiosa, sobre todo católica. Pero fue su fe la que le llevó a ese compromiso sabiendo que un buen cristiano siempre tiene que ser un buen ciudadano.

Hoy, como entonces, el Evangelio, como Palabra de Vida, sigue proclamán-

dose en nuestro mundo y, en esta ocasión hemos escuchado esa escena que está cargada de tanta fuerza programática para todos nosotros:

*Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando el cielo? El mismo Jesús que ha sido tomado de entre vosotros y llevado al cielo volverá como lo habéis visto marcharse al cielo* (Hch 1, 1-11).

¡Qué bien refleja lo que es y debe ser el cristianismo! Algunos, llamados *filósofos de la sospecha* han afirmado que el cristianismo es una grave alienación porque lo que pretende es que sus seguidores vuelvan su mirada a los cielos, se crucen de brazos, y esperen a que desde arriba se le solucionen todos sus problemas. Nada más ajeno a la realidad de la fe católica. Esa es una caricatura del mensaje de Jesús. Esa afirmación todavía es repetida hasta la saciedad, de tal modo que a fuerza de repetirla parece que quieren convencernos de que en realidad es así; sin embargo, los mismos hechos la contradicen, y el ejemplo más claro lo encontramos en la actitud existencial de los mejores hijos de la Iglesia que son los santos, y de manera especial hoy, y en este lugar, hacemos memoria viva de uno de ellos que doscientos años después su recuerdo se hace vivo y su experiencia sigue transformando nuestro quehacer cotidiano.

San Marcelino Champagnat tiene una apasionante biografía que no es este el lugar ni el momento para referirnos a ella y, en su breve existencia, - murió con solo cincuenta y un años -, desarrolló una actividad humana, sacerdotal, educativa y, además, fue fiel al carisma que Dios le concedió para convertirse en fundador de los Hermanos Maristas, aquel día 2 de enero de 1817. De aquel hecho, acaecido hace doscientos años, hacemos memoria viva y es el motivo que nos convoca en este lugar para dar gracias a Dios.

Pudiéramos afirmar que en la vida de Marcelino Champagnat son varios los momentos de su biografía que marcan el dinamismo de su trayectoria religiosa y educativa, que en el caso de nuestro santo son como las dos caras de la misma realidad. Por una parte, y aunque parezca contradictorio decirlo aquí, *su experiencia pedagógica negativa*; es decir, su primer día de escuela fue para él el último. Desde aquel momento creció en su alma una lucha con todas sus fuerzas por desterrar del método educativo todo signo de agresividad y violencia; y así se lo enseñó a los Hermanos Maristas, anticipándose así en muchos años a lo que hoy está perfectamente asumido en nuestro sistema educativo occidental; sin embargo, en la época de san Marcelino era algo subversivo. ¡Así funcionan los santos!

Otro de los momentos importantes de su vida es la visita que un sacerdote de la Diócesis de Lyon, de forma inesperada realizo a su parroquia, cuando él tan solo tenía 14 años. Aquel sacerdote, con mandato del Arzobispo, siendo consciente de las necesidades pastorales de su extensa Diócesis y de lo mal atendida que estaba, sobre todo después de la Revolución Francesa, iba recorriendo villas y aldeas buscando vocaciones para el Seminario. Aquella fue la hora de Marcelino

Champagnat. Si no hubiera tenido lugar este encuentro, seguro que terminaría sus días siendo un buen campesino, honrado y piadoso, seguro con una familia con muchos hijos - como era la costumbre de la época - y cuyo horizonte quedaría circunscrito a aquel pequeño lugar. Si esto hubiera sido así, vosotros y yo no estaríamos celebrando este acontecimiento de gracia.

El tercer elemento que impactó fuertemente en su vida fue, una vez ordenado sacerdote, en el año 1816, y en su primer destino pastoral, vive la dolorosa experiencia que está causando la ignorancia de todo tipo, en especial la religiosa. Sufre en carne propia la muerte un joven, en aquel 28 de octubre de 1816, al que él fue atender después de hacer un recorrido de varios kilómetros y, dándose cuenta de que lo ignoraba todo, cuando vuelve otra vez para darle la formación más rudimentaria, se encuentra con que aquel joven había muerto. Su intención era dedicarle tiempo para formarle, pero no había llegado a tiempo. Es precisamente en ese momento cuando surge en su corazón la necesidad de buscar hermanos que le ayuden porque él solo no puede abarcarlo todo. Aparecen los primeros *Hermanitos de María*. San Marcelino utiliza este diminutivo cariñoso porque busca en los Hermanos una identificación con María, recordándoles: *Haced lo que Él os diga*. Sencillez, humildad, servicio, alegría y fraternidad entre los Hermanos. En el entorno de Champagnat comienza a percibirse la intuición propia de las gentes sencillas: es un sacerdote santo y Dios está con él.

Siente que llega el momento supremo de su vida, su tránsito a la eternidad. Deja arreglados todos los asuntos temporales, para lo cual acude a un notario, ya que las propiedades de la congregación figuraban a su nombre. En su testamento, cargado de una fina espiritualidad y de una caridad cercana, les dice a los Hermanos: *¡Ojalá se pueda afirmar de los Hermanitos de María lo que se decía de los primeros cristianos: Mirad cómo se aman... Es el deseo más vivo de mi corazón en estos últimos instantes de mi vida. Sí, queridos Hermanos míos, escuchad las últimas palabras de vuestro Padre, que son las de nuestro amadísimo Salvador: Amaos unos a otros; y una tierna y filial devoción a nuestra buena Madre os anime en todo tiempo y circunstancia. Hacedla amar por doquiera cuanto os sea posible*. La devoción a Jesús, María y José, esta especie de *trinidad de la tierra*, desde entonces estarán presente en el centro de su corazón y de su plegaria. Curiosamente, el sábado, 6 de junio de 1840, vigilia de Pentecostés, poco antes del amanecer, fallece a la edad de 51 años. Dentro de unos días viviremos el aniversario de este gozoso acontecimiento.

Amigos míos: Hay modelos y estilos de vida que no pasan. Cambian las circunstancias, pero no aquello que es *lo esencial*, como lo denomina el papa Francisco. Y lo esencia es ayudar a nuestros niños y jóvenes, no solo a que sean expertos en todos los conocimientos, que eso es bueno e imprescindible, sino que necesitamos convertirnos para ellos en esa luz que les encamine a la auténtica

Luz liberadora que es Jesucristo y que sólo él podrá hacer de ellos auténticos hombres y mujeres del futuro, que se conviertan en esa atalaya del mañana que irradian luz, comprensión, valores humano y eternos; esos que solo se consiguen si se buscan *lo esencial*; y lo esencial, tanto para Champagnat como hoy para el papa Francisco, y para cada uno de nosotros los cristianos, es el conocimiento de la persona y de la vida de Jesucristo. He ahí la clave de esa luz en medio de esta emergencia educativa que estamos viviendo y sufriendo. Si logramos transmitirle esa Luz de Cristo a todos los niños y jóvenes que pasan por nuestras clases, además de los conocimientos curriculares establecidos, entonces lograremos dar vida al proyecto educativo de Champagnat.

En este día de fiesta, en el que recordáis aquel sueño de Marcelino Champagnat que se iniciaba en aquella sencillísima casa de La Vallé, una Casa de luz, debe convertirse para vosotros en eso que sintetizáis, bellamente, con vuestro lema: **200 y + *Vive el sueño***. Ese más se refiere a cada uno de los que hoy dais vida al espíritu de Champagnat aquí y ahora. Y lo hacéis en y desde Ourense.

En esta fiesta de la Ascensión del Señor, en la que también celebramos la Jornada de los Medios de Comunicación Social, el papa Francisco nos anima a *Comunicar esperanza y confianza en nuestros tiempos...* porque *No temáis, que yo estoy contigo* (Is 43, 5). Este *leiv motiv* de la profecía de Isaías va en sintonía con el texto del Evangelio que acabamos de proclamar en esta liturgia: *Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos* (Mt 28,16-20).

Eso deseamos para esta Comunidad educativa y eso pedimos para todos los que estamos aquí reunidos y nos sentimos una Iglesia que quiere caminar juntos, es decir, sinodalmente, en el servicio de aquel que es Luz del mundo: Nuestro Señor Jesucristo.

¡Qué así sea!

## Ordenación Presbiteral del Hno. Alfonso Lora, Superior del Monasterio de Oseira

Iglesia del Monasterio de Santa María la Real de Oseira. 2 de junio de 2017.

*Saludo con cordial y fraternal afecto al Muy Rvdmo. Padre Prior de la Abadía de San Isidro de Dueñas de la que es filial este Monasterio de Santa María la Real de Oseira; al Rvdmo. Padre Abad de San Pedro de Cardaña; a los Padres Piores de Sobrado de los Monjes y de Samos; a las Rvdma. Madre Priora de Santa María de Armenteira.*

*A los Hermanos sacerdotes concelebrantes.*

*A los miembros de los Institutos de la Vida Consagrada y de las Asociaciones de Vida Apostólica; a los de los Institutos Seculares.*

*A los Grupos, Asociaciones y Movimientos Apostólicos.*

*Con afecto agradecido, saludo al Sr. Alcalde de Cea y a los demás miembros de la Corporación municipal; a las Ilustrísimas autoridades aquí presentes.*

*A la Comunidad de monjes de Oseira.*

*A los familiares y amigos del Hno. Alfonso. Hermanas y Hermanos míos en el Señor.*

*Mis queridos amigos todos.*

Nos reunimos en este templo hermoso y cargado de historia, en esta tarde del mes de junio, y lo hacemos en el ante-víspera de la Solemnidad de Pentecostés. Quisiéramos apurar con intensidad las fiestas pascales que llegan a su fin. Lo hacemos, además, bajo la mirada maternal de Santa María la Real que, desde épocas multiseculares, acompañó la vida de los miembros de esta Abadía tan querida, tanto del pasado como del presente, así como la de las gentes de esta comarca.

¡Hoy es un día de fiesta! Y lo es no solo para ti, Hno. Alfonso, y para esta Comunidad, sino que es un día de gozo para esta Iglesia que peregrina por las tierras de Ourense porque hoy vamos a contar con el ministerio de un nuevo sacerdote.

La liturgia de la Palabra este día de la VII Semana de la Pascua del Señor, nos ofrecen un testimonio de todo lo que acontecía en aquella comunidad de los orígenes: están viviendo una serie de represalias porque afirmaban que Jesús, el que había muerto, estaba resucitado. Esta verdad sigue siendo clave en la vida de la humanidad y en nuestra existencia, porque *si Cristo no resucitó vana es nuestra fe* y absurdo es todo lo que estamos haciendo. En una sociedad como la nuestra, con tantos valores y tantos signos positivos de esperanza, sin embargo, corremos el riesgo, los que nos llamamos cristianos, a sucumbir ante las modas agresivas del secularismo, de ese fuerte pragmatismo economicista y de la indiferencia a todo lo religioso, de manera especial, a todo lo católico, sobre todo en nuestro país. Celebraciones como la de hoy deben ser como un destello electrificante dentro de nuestro mundo: ***un hombre que se hace monje, un monje que es ordenado presbítero.***

Mi querido Hermano Alfonso, sé muy bien que lo sustantivo en tu vida cris-

tiana es ser sobre todo: monje. De ahí arranca todo el dinamismo de tu vida consagrada *en y para* la Iglesia. La ordenación, tanto diaconal como presbiteral, la recibes porque para vivir con mayor plenitud tu carisma monástico has acogido, voluntariamente, recibir el ministerio ordenado. Sabes, mejor que nadie, que ese ministerio es para servir. Soy consciente de que tal vez esto no se necesitaría decir en este lugar y en esta ocasión, resulta evidente; sin embargo, es bueno que se nos recuerde que el ministerio ordenado no es para nosotros, ni es un premio a nuestros méritos – como si fuese el caso, por ejemplo, de un buen estudiante de filosofía, teología y pastoral al cual el Obispo le premia ordenándole sacerdote - , nada de eso es verdad. Nadie de los que estamos aquí somos merecedores de este don. En realidad el ministerio sacerdotal es un regalo que el Señor, por el Espíritu Santo, concede como un don especialísimo a la Iglesia, y ella lo distribuye entre sus hijos en la medida de sus necesidades.

Sabéis muy bien que en la antigua tradición de los Padres de la Iglesia nos encontramos con ejemplos elocuentes de cómo alguno de aquellos hombres insig-nes por su ciencia, virtud y santidad huían, cuando percibían que se les acercaban los fieles porque querían ordenarles sacerdotes, y todavía más, si les buscaban para ser obispos. Aceptaban por espíritu de obediencia y de servicio a la iglesia, un servicio que, en ocasiones, terminaba con el testimonio radical de toda su existencia: con el martirio.

Dios, Padre de misericordia, en su providencia llena de ternura, llama a algunos cristianos desde determinados contextos humanos, sociales y eclesiales para hacerlos ministros, es decir, servidores del Evangelio de Cristo. Estos condicionamientos, a los que debemos prestar atención, no cambian la fisonomía esencial del ser del sacerdote. Cambian las circunstancias, el entorno, las formas externas, sin embargo, el presbítero del tercer milenio será, necesariamente, el continuador de los presbíteros que, en los milenios precedentes, han animado y revitalizado la vida de la Iglesia. Si es necesario conjugar la verdad permanente del ministerio presbiteral con las instancias, necesidades y características de nuestro hoy, esto no quiere decir que haya que vaciar de contenido el ministerio ordenado vivido por la Iglesia a lo largo de los siglos y atestiguado por la vida de los santos pastores, cuya memoria de santidad está presente en nuestro recuerdo.

La identidad del sacerdote, como la de todo cristiano, tiene su fuente en el Misterio de la Santísima Trinidad que se hace presencia en la historia de la humanidad a través del rostro de Cristo - rostro visibles del Dios invisible -; de ahí que sea en el misterio de la Iglesia, como misterio de comunión trinitaria en tensión misionera, de donde arranca la auténtica identidad de un cristiano y, por consiguiente, también la de un presbítero.

Cuando hago esta afirmación me gusta contar una anécdota que me aconteció con motivo de la predicación de una Primera Misa. No sé lo que habré dicho en



aquella ocasión, no guardo los escritos, como tengo que hacer ahora desde que soy obispo; de lo que sí me acuerdo es que en mi predicación afirmé que lo que la Iglesia le pide a un sacerdote es *que sea un buen cristiano*. Al terminar la Misa uno de los sacerdotes presentes me corrigió por haber hecho esa afirmación; que no era mía, sino de uno de los padres sinodales que intervino en el sínodo sobre el sacerdocio que tuvo como fruto la Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*. Que sí, hermanos míos, que sí, vuelvo a repetirlo ¡y lo repetiré! Lo que la Iglesia le pide a un sacerdote es que sea un buen cristiano. O entendemos las cosas así, o, de lo contrario seguiremos pensando que ser sacerdote es un funcionario de lo sagrado que va subiendo en el escalafón, o que supone una mayor importancia que la que posee otra vocación en la Iglesia y, si pensamos así, esto significa que situamos el ministerio ordenado, en una clave de privilegio, de prebendas y de dignidad, y no en aquella que le corresponde: *la del servicio*.

Nos ordenan, no para servirnos del ministerio, o para que aumente nuestra cuenta corriente, o quizás para que todos giren en torno a nosotros mismos convirtiéndonos así en punto autorreferencial de toda la actividad eclesial- como afirma el papa Francisco -; que no, hermanos míos, que este no es el camino.

El presbítero, *en virtud de la consagración que recibe con el sacramento del Orden*<sup>3</sup> es enviado por Dios Padre, por medio de Jesucristo, con el cual debe configurar toda su vida para actuar con la fuerza del Espíritu Santo al servicio de la Iglesia y para la salvación del mundo; antes decíamos, *para la salvación de las almas*. Son dos formas diferentes para hablar de la misma realidad. Esto quiere decir que el ministerio ordenado nace de la profundidad del amor del Padre, de la gracia de Jesucristo y del don de la unidad del Espíritu Santo, de ahí que el sacerdote está inserto sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los otros presbíteros para servir al Pueblo de Dios que es la Iglesia y atraer a todos hacia Cristo. De esta realidad brota el misterio de la comunión eclesial y presbiteral.

Hermanas y hermanos: qué importante y necesaria es la comunión eclesial y, de manera especial, la comunión entre los sacerdotes vivida dentro de esa gran familia que es el Presbiterio Diocesano a cuya cabeza está el Obispo como sucesor de los Apóstoles. Por eso, si esto es así, qué pena y qué dolor nos causa contemplar la vida de esos sacerdotes que durante el Seminario o el Noviciado eran y se comportaban de forma excelente y, una vez ordenados se convierten en mundos aparte que rompen con las raíces de su vocación, dejan de participar en los encuentros y retiros, no siguen las programaciones pastorales, acosan a los fieles con estipendios abusivos y, lo que es muy doloroso, terminan convirtiéndose en una especie de francotiradores eclesiásticos que a través del anonimato de las nuevas tecnologías, *lanzan la piedra y esconden la mano*. Son los que viven en la Iglesia, a la espera de que muera este papa y venga otro que les guste más; o están a la

---

3 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, nº 1

expectativa de que se retire o trasladen a su obispo con el que – dicen - ya no se puede trabajar. Esos sacerdotes son una triste caricatura de la Iglesia que causan mucho dolor y confusión al pueblo fiel y sencillo que busca en los sacerdotes, sobre todo, que sean ministros y servidores de los misterios de Dios y de los hombres, y que aman a la Iglesia.

¡Amar a la Iglesia como ella quiere ser amada! Ese amor se traduce en otras dos palabras imprescindibles en el ejercicio de nuestro ministerio sacerdotal: **servicio y disponibilidad**.

Mí querido Alfonso: en la perícopa evangélica de este día, la liturgia nos ofrece un texto que hemos meditado muchas veces. En él se nos hace la pregunta fundamental en la vida de un cristiano, de un monje, y mucho más en la de un sacerdote. Es una pregunta reiterativa: *¿Me amas... me amas más que estos?*

Y la respuesta nos la da Pedro: “*Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero*” (Jn 21, 15-19).

Hermanas y hermanos míos. Mis queridos monjes, religiosos, religiosas, novicios, seminaristas. Mis queridos hermanos en el sacerdocio. La clave de nuestra vida cristiana y sacerdotal está en la respuesta que cada uno es capaz de darle al Señor que nos pregunta ¿me amas?. En definitiva, el ministerio sacerdotal y su ejercicio es cuestión de amor. En cierta ocasión le decía a unos jóvenes sacerdotes que el presbítero debe ser un aristócrata del amor ¡se rieron! Y me dieron pena, porque toda vocación cristiana, y mucho más la sacerdotal depende de la respuesta que le demos a esta pregunta que el Señor Resucitado nos hace a cada uno en la persona de Pedro ¿me amas más que estos? *¿Apacienta mis corderos... pastorea mis ovejas... apacienta mis ovejas!* ¿Queremos una Iglesia en salida, servidora y atenta a las necesidades de nuestra gente? ¿Queremos una auténtica conversión pastoral y poner los medios adecuados para lograr una iglesia misionera? ¿Queremos que nuestros niños y jóvenes respondan a la llamada de Jesús? ¿Queremos vivir nuestra vocación con plenitud y como un camino de felicidad?

La respuesta a estas preguntas y a otras muchas que nos hace el papa Francisco en la *Evangelii gaudium*, sólo la encontraremos si somos capaces de plantear nuestra vocación desde la clave del amor a Dios, a la Iglesia y a los hermanos, sobre todo a los más necesitados, porque es en ellos en donde reverbera de una manera más radical el rostro del Crucificado.

Para terminar, os invito a que volvamos la mirada del corazón a Nuestra Señora, a Santa María la Real, para que en medio de las muchas dificultades con las que nos podamos encontrar en el camino de la vida, aprendamos de Ella a hacer realidad lo que Él nos dice; y no nos olvidemos, que ese Él es nuestro Señor Jesucristo, que nos habla a través de la Iglesia, y del *nuevo Pedro*: “*Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero*”.

¡Qué así sea!

## Eucaristía con los Voluntarios de Cáritas de Galicia

Catedral de Ourense, 3 de junio de 2017.

*Hermanas y hermanos míos en el Señor:*

En nombre del Cabildo Catedralicio y del mío propio os doy la bienvenida a esta Catedral-Basílica, la “*casa del Señor San Martín*”, la única consagrada a este santo de la caridad y de la misericordia propuesto como tal, tanto por el papa Benedicto XVI, como por Francisco. Os recibimos con todo el corazón y hemos abierto para vosotros las puertas del Pórtico del Paraíso para simbolizar la calidez de la acogida de este pueblo, de sus gentes y, por supuesto de su Obispo y de su Presbiterio aquí representado.

He pedido que hoy se proclamase el Evangelio de la Misa de ayer, Viernes de la VII Semana de Pascua, de Jn 21, 15-19. La escena es pospascual. En ella se nos hace la pregunta fundamental en la vida de un cristiano, sea cual sea nuestras circunstancias vitales y nuestro estado existencial. Es una pregunta reiterativa:

*¿Me amas... me amas más que estos?*

Y la respuesta nos la da Pedro: “*Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero*” (Jn 21, 15-19).

La clave de nuestra vida cristiana está en la respuesta que cada uno es capaz de darle al Señor que nos pregunta *¿me amas?*. En definitiva, todo nuestro ser y actuar cristiano se reduce a una **cuestión de amor**. En cierta ocasión le decía a unos jóvenes sacerdotes, en el marco de unos Ejercicios Espirituales – no eran de aquí, en donde no he predicado nunca los Ejercicios a los miembros de este Presbiterio -; les decía que el cristiano debe ser *un aristócrata del amor*; al hacer esta afirmación un tanto cursi, ¡se rieron! ¡Y me dieron pena!, porque la autenticidad de toda vocación cristiana depende de la respuesta que le demos a esta pregunta que el Señor Resucitado nos hace a cada uno en la persona de Pedro *¿me amas más que estos?* ¡Sí! Pues *¡Apacienta mis corderos... pastorea mis ovejas... apacienta mis ovejas!*

¿Queremos una Iglesia en salida, servidora y atenta a las necesidades de nuestra gente? ¿Queremos una auténtica conversión pastoral y poner los medios adecuados para lograr una iglesia misionera? ¿Queremos que nuestros niños y jóvenes respondan a la llamada de Jesús? ¿Queremos vivir nuestra vocación con plenitud y como un camino de felicidad? La respuesta a estas preguntas y a otras muchas que nos hace el papa Francisco en la *Evangelii gaudium*, sólo la encontraremos si somos capaces de plantear nuestra vocación desde la clave del amor a Dios, a la Iglesia y a los hermanos, sobre todo a los más necesitados, porque es en ellos en donde reverbera de una manera más radical el rostro del Crucificado.

Hermanos y hermanas: Todos sabemos que la naturaleza íntima del misterio de la Iglesia, desde sus mismos orígenes, se expresa en una triple tarea, y no se

puede vivir la una sin la otra ¡es imposible! Este trípode divino sostiene la estructura de nuestra vida eclesial:

- El anuncio de la Palabra de Dios: lo que se llama en terminología más técnica: *Kerigma-Martiría*.
- La celebración de la Fe: *leiturgia*.
- Y el servicio de la caridad. *Diakonía*.

Las tres realidades se implican mutuamente y no se pueden separar una de las otras. Algunos siguen pensando que el ejercicio del ministerio de la caridad es una especie de actividad social, asistencial o solidaria que podría dejarse para que lo hiciesen otros. Que no, mis queridos amigos: la *diakonía* es un ministerio; es decir, es un servicio que pertenece a la estructura y a la naturaleza íntima de la Iglesia. Si renunciásemos a esta dimensión, estaríamos mutilando el misterio y la comunión de la Iglesia, porque el ejercicio del ministerio de la caridad es una manifestación irrenunciable de la *esencia misma de la Iglesia*<sup>1</sup>.

Recordad cómo el papa Benedicto afirmaba que *la caridad es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia*<sup>2</sup> y el papa Francisco, en esta misma línea, nos dice que *la misericordia es la vía maestra de la Iglesia*; es más nos dice que es el **acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro**. La Misericordia es la *ley fundamental* que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. La Misericordia es *la vía que une a Dios y al hombre*, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados sin tener en cuenta el límite de nuestro pecado.<sup>3</sup> Tantos maestros del espíritu, y tantos hombres y mujeres de bien en la Iglesia se cuestionaron a lo largo de la historia, con buena intención *¿qué es primero: Dios o el hermano?* La respuesta hoy se nos ofrece con claridad: la Misericordia. ¡Eso es lo primero!

Vosotros sois el alma de una Iglesia que quiere ser misericordiosa. Os ruego que no os dejéis atrapar por esos falsos mensajes que son tan frecuentes e insidiosos y que tienen tanta fuerza en una sociedad globalizada como la nuestra, no os olvidéis que si es cierto que la sociedad globalizada *nos hace más cercanos*, sin embargo, *no nos hace más hermanos*<sup>4</sup>. El espejismo de la globalización hace caer a nuestros dirigentes en una miopía tan grande que les impide ver la realidad que nos rodea. Grandes proyectos, muchas veces fantásticos, obras faraónicas que no tienen sentido en una tierra en donde tenemos, anualmente, una sangrante pérdida de población por falta de nacimientos y por la marcha de la gente joven a otros lugares a la búsqueda de trabajos dignos y estables; en todos esos proyectos, que a veces no se llegan a realizar, se entierran millones de euros, mientras nuestros pueblos se

1 Cf. Congregación para los Obispos, Directorio *Apostolorum successores* (22-2-2004), nº 194.

2 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, nº2

3 FRANCISCO, Bula *Misericordia Vultus*, nº 2.

4 BENEDICTO XVI; Carta encíclica *Cáritas in Veritate*, nº19.

vacían, nuestros campos quedan en un barbecho permanente por falta de una política adecuada y arriesgada que apueste por la recuperación y la rentabilidad del mundo rural, de la riqueza encerrada en nuestras tierras y de nuestras gentes. Es necesario apostar por la recuperación del mundo rural, de favorecer la creación de pequeñas empresas familiares o comunitarias, dentro del marco de lo que el papa Francisco habla de *economía de comunión*, con el fin de evitar esa sangría paulatina pero real que afecta, sobre todo a nuestros pueblos y aldeas, y por consiguiente a nuestras gentes, en especial, a lo que es más doloroso: nuestros jóvenes.

Sé que en Caritas os habéis esforzado y seguís haciéndolo por responder a las necesidades inmediatas, pero vuestra acción de Iglesia va más allá de la simple limosna, o del crédito en el supermercado para que los que estén pasando necesidad adquieran los alimentos necesarios. Algunas entidades desearían que os quedaseis en el interior de los templos o en los aledaños de las sacristías haciendo caridades; sin embargo, siguiendo con fidelidad la *Doctrina Social de la Iglesia* que está construida sobre el fundamento del Evangelio y las doctrinas transmitidas por los Apóstoles a los Padres de la Iglesia, acogida y profundizada, posteriormente, por los grandes doctores de la misma, - siguiendo esa Doctrina inspiradora y claramente revolucionaria – os sentís inspirados para vivir *una caridad en salida* a las periferias de nuestros barrios y, os lo ruego, pensad en el mundo rural. Es ese un ámbito descuidado o abandonado por casi todos, sin embargo encierra en sí mucha riqueza humana, artística, etnográfica y, también, económica; sobre todo si se es capaz de apostar por esas estructuras económicas de explotación familiar o de pequeñas comunidades. Es necesario *poner un oído en el pueblo*<sup>5</sup>, como nos recuerda el papa Francisco y así sabremos descubrir esa realidad que tenemos que iluminar con la luz del Evangelio que transforma el corazón y el mundo entero cuando es anunciado y recibido.

Estamos celebrando esta Eucaristía en las vísperas de la fiesta de Pentecostés. Que el Espíritu Santo nos conceda el don de *Sabiduría* y *Fortaleza* para seguir manteniéndoos en la vanguardia de la Iglesia.

Os encomiendo a Santa María, la Virgen del Consuelo, advocación que veneramos en esta Catedral cuya imagen se encuentra en el Pórtico del Paraíso, para que Ella os ayude a ser no solo hombres y mujeres que hacéis *caridades*, ¡y esto es bueno! Pero no es suficiente. Que Ella os ayude a ser esos testigos misioneros que *colocando vuestro oído* en las necesidades de nuestros pueblos y de sus gentes sepáis hacer presente de una forma existencial, operativa y viva el espíritu genuino de las Obras de Misericordia que es el auténtico programa de vida que nos pide Jesús que llevemos adelante, mientras seamos peregrinos hacia esos cielos nuevos y hacia esa tierra nueva.

¡Qué así sea!

---

5 FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, nº 154.

## Saludo a los participantes en las XXXIX Jornadas de Pastoral de la Salud “Pastoral de la salud y ecología integral”

Seminario Mayor de Ourense, 6-7 de mayo de 2017

*Saludo con cordial y fraternal afecto a Mons. Fernández González, mi querido amigo D. Jesús, Obispo Auxiliar de Santiago de Compostela, que hasta hace muy poco fue el Obispo responsable del Departamento de Pastoral de la Salud de la Conferencia Episcopal. Gracias por poder contar con su presencia en estas Jornadas. Igualmente, quisiera manifestar mi afecto agradecido a D. Jesús Martínez Carracedo, Director del Departamento de Pastoral de la Salud de la Conferencia Episcopal, hijo de estas tierras gallegas, sacerdote de la Iglesia hermana de Tui-Vigo.*

*A los Sres. Delegados Episcopales de Pastoral de la Salud de las Diócesis gallegas. A los miembros de la Hospitalidad de Lourdes*

*Al Rvdo. Sr. D. Manuel Sierra, Delegado Episcopal de Pastoral de la Salud de esta Diócesis y a sus colaboradores más cercanos, deseo expresarles mi más sincero agradecimiento por el trabajo realizado para llevar adelante estas jornadas: capellanes, médicos, voluntarios. A D. Eduardo, capellán y párroco de Santa Mariña de Auguasantas, y a su grupo de teatro de San Vitorio.*

*Al Ilmo. Sr. D. Francisco Pernas de Dios, Vicario para la Pastoral de esta Diócesis que ha coordinado los trabajos llevados a cabo en la organización de estas jornadas.*

*A todos Vds. profesionales del ámbito de la salud, sacerdotes, miembros de la vida consagrada, grupos parroquiales, a todos, queridos amigos, os doy la bienvenida en mi nombre y en el de toda esta Iglesia particular que desde hace muchos siglos, casi desde los albores del cristianismo en las tierras de Galicia, peregrina en la fe en medio de luces y sombras, por las tierras de Ourense. Una Iglesia que os recibe con un corazón abierto y cálido como el de sus aguas termales para que os sintáis como en casa propia y podáis gozar de la belleza de sus monumentos, pero sobre todo de sus gentes que son acogedoras y de corazón cálido como el de sus burgas.*

*Queridos amigos y amigas:*

La atención de los enfermos y la actividad taumatúrgica desarrollada por el Señor Jesús, tal como nos lo atestiguan los Evangelios, son momentos importantes de la acción evangelizadora del Resucitado y, al mismo tiempo, signos visibles de la presencia del Reino de Dios en medio del pueblo; por ello, fiel al mandato de su Señor, y siguiendo su ejemplo, la Iglesia desde sus mismos comienzos acogió y se preocupó de los enfermos y necesitados de tal modo que fue construyendo instituciones en donde se pudieran atender humanamente a los aquejados por cualquier tipo de dolencia, tanto física como psíquica, prueba de ella son las casas dedicadas a la caridad que muy pronto fueron construyendo los obispos muy cerca de sus iglesias catedrales o de sus propios *episcopios* o palacios episcopales,

así como los hospitales a la vera de los caminos más transitados, -entre ellos el Camino de Santiago en todas sus ramificaciones - los lazaretos extramuros de las ciudades; además de todo esto, el genio creativo de la caridad ha hecho surgir congregaciones religiosas cuya finalidad era acoger y acompañar a los enfermos.

Este hecho lo manifestó con su fuerza característica san Juan Pablo II, el 11 de febrero 1985, en el séptimo año de su pontificado, al afirmar que: *En el correr de los siglos, la Iglesia ha sido muy sensible al ministerio para con los enfermos y los que sufren, como parte integrante de su misión, y no sólo ha favorecido entre los cristianos la floración de diversas obras de misericordia, sino que ha hecho surgir de su seno muchas instituciones religiosas con la finalidad específica de promover, organizar, perfeccionar y extender la asistencia a los enfermos y a los débiles. A su vez, los misioneros, al realizar la tarea de evangelización, asociaron constantemente la predicación de la Buena Nueva con la asistencia y el cuidado a los enfermos.*

*La Iglesia, al acercarse a los hombres que sufren y al misterio del dolor, se guía por una precisa concepción de la persona humana y de su destino según los designios de Dios. Considera la medicina y los cuidados terapéuticos no sólo como algo que se refiere únicamente al bien y a la salud del cuerpo, sino que afecta a la persona como tal, a la que el mal ataca en el cuerpo. Efectivamente, la enfermedad y el dolor no son experiencias que afectan exclusivamente a la condición corporal del hombre, sino a todo el hombre en su integridad y unidad de cuerpo y alma. Por lo demás, es evidente que a veces la enfermedad, que se manifiesta en el cuerpo, tiene su origen y verdadera causa en lo más íntimo del alma humana<sup>6</sup>.*

Esto es y sigue siendo así, porque el ejercicio de la caridad se confirmó, ya desde los primeros momentos de la historia de la comunidad cristiana, como uno de los ámbitos esenciales de su actividad eclesial. La caridad en todas sus manifestaciones, junto el anuncio del Evangelio y la administración de los sacramentos fueron la expresión esencial de la vida de la Iglesia. Es más, *la Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra<sup>7</sup>*. Al tener delante de nosotros mismos los testimonios vivos de las buenas obras realizadas, no sólo por nuestros contemporáneos, sino también por los mejores hijos de la Iglesia, sobre todo aquellas inspiradas en la misericordia divina, como es el caso del cuidado y atención a las personas enfermas y ancianas, así como tantas otras que independientemente de su edad están necesitadas, estas acciones se convierten en un reclamo del amor de Dios en el mundo y sirven, incluso para los que no creen, para disponerles a un encuentro con Jesús, el Crucificado-Resucitado y así dar gloria a Dios.

En una sociedad como la nuestra, sobre todo la que se sitúa en el hemisferio Norte de nuestro mundo llamado occidental, en el que nos encontramos con una

---

6 JUAN PABLO II, *Motu proprio Dolentium hominum*, (11 de febrero de 1985), nº 1-2.

7 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, nº 22. *Ibíd.* nº 25.

preocupación excesiva por la cultura del bienestar material, en donde un fuerte secularismo lleva a muchos de nuestros contemporáneos a caer en una profunda indiferencia ante el hecho religioso y en un relativismo creciente que nos afecta a todos, también a los creyentes, y que a menudo nos lleva a una conducta cuyos criterios de actuación no están lejos de una especie de neopaganismo; en una situación así los enfermos y aquellos que poseen alguna limitación física o psíquica, así como los ancianos se convierten en *realidades descartables*. Lo sabemos por experiencia cuando acompañamos a nuestros ancianos padres a los especialistas ¡todo queda relativizado por la edad! y, en ocasiones escuchamos ¡*nos la traen dentro de seis meses!* Cuando al cabo de ese tiempo volvemos con nuestros padres notamos la sorpresa del facultativo de turno – no todos gracias a Dios – que nos pregunta con asombro ¡*pero cómo, aún está aquí!*. Les aseguro que no es una construcción imaginativa de mi fantasía, sino real: Mi padre ha cumplido recientemente 89 años y mi madre 88. Eso es lo que se respira en nuestra sociedad, una falta creciente de una auténtica ecología humana. Nos enternecemos ante los animales y su sufrimiento ¡y es lógico! Los grupos ecologistas se manifiestan, y con razón, con el fin de lograr de las autoridades la promulgación de leyes protectoras de especies animales determinadas; pero ¿hacemos lo mismo con el ser humano, ya sea aquel que se encuentra en vientre materno, como aquel otro que por circunstancias de la vida se encuentra luchando con una enfermedad terminal o progresiva, que es irreversible, como lo es la ancianidad? Se nos pide convertirnos en apóstoles de una ecología integral.

Cuando el papa Francisco realiza esos gestos tan significativos con los enfermos, incluso con aquellos que pueden llegar a producir cierta repugnancia y rechazo en algunos ambientes refinados, lo hace para ayudarnos a descubrir que ellos son los preferidos de Dios, recordándonos el espíritu genuino del Evangelio: *estuve enfermo y no vinisteis a verme o bien, lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis*.

Mis queridos amigos y amigas: el camino de la Pastoral de la Salud hoy, más que nunca, se convierte en una puerta a la esperanza y, por consiguiente, en un camino hacia Dios. En medio de nuestros conciudadanos, muchos de ellos ya no solo increyentes, ni ateos, sino lo que es peor, indiferentes; en una situación así, si no somos capaces de anunciar de forma nueva el mensaje de la misericordia divina a las personas que padecen cualquier tipo de aflicción corporal o espiritual, *deberíamos de callar sobre Dios*. En cambio si queremos abrir una interrogante al misterio del Dios vivo en muchos corazones inquietos que buscan y no encuentran, como el de aquel joven pagano y pagado de sí mismo que se llamaba Agustín de Hipona, entonces es necesario que redescubramos el camino de la misericordia como la única vía posible que nos puede llevar a descubrir en el necesitado al hermano y en él, el rostro sufriente de Dios. Por eso no solo son elocuentes las palabras del



papa Francisco sino también sus gestos; por eso siguen impactándonos los gestos y las palabras de personas singulares como la Madre Teresa de Calcuta: *No busquéis hacer obras espectaculares (...) hacedlo todo lo mejor que podáis y dejad el resto en manos de Dios. Lo que importa es el regalo de nuestro yo, el grado de amor que ponemos en cada uno de nuestros actos. No os dejéis desanimar por ningún fracaso mientras lo hayáis hecho lo mejor posible (...) Cuando atendemos a los enfermos y desamparados lo que tocamos es el cuerpo sufriente de Cristo, y ese contacto nos hace heroicos; nos hace olvidar la repugnancia y nuestras tendencias naturales (...) Necesitamos los ojos de la fe para ver a Cristo (...) Necesitamos las manos de Cristo para tocar esos cuerpos heridos por el dolor y el sufrimiento. El amor intenso no calcula, sólo da*<sup>8</sup>

Un amor así es digno de crédito y es más fuerte que la muerte, y siempre se convierte en una puerta que se abre al Creador.

Felicito a los organizadores porque en estas Jornadas, las vigésimo novenas, el título propuesto para iluminar vuestras reflexiones es más amplio y ambicioso: **Pastoral de la salud y ecología integral**. Estoy por asegurar que ha sido el pensamiento del papa Francisco el que os ha inspirado en esta elección, no solo con su bellísima carta encíclica *Laudato si'*, sino también con la exhortación programática de su pontificado: *Evangelii gaudium*, en la que se leen pensamientos como este con el que deseo concluir mi intervención: *Una auténtica fe - que nunca es cómoda ni individualista - siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos (...) Todos los cristianos estamos llamados a preocuparnos por la construcción de un mundo mejor*<sup>9</sup>.

En las enseñanzas del papa Francisco son constantes las invitaciones a todos los hijos e hijas de la Iglesia a no encerrarse en sí mismos, sino que nos está pidiendo que salgamos para llevar el anuncio del Evangelio de la Alegría y de la Vida a todo el mundo, también a esas periferias existenciales que, casi siempre están muy cerca de nosotros mismos, sin olvidar el mundo del dolor y de la enfermedad física y psíquica. Es necesario que en esos ámbitos de la realidad lleguemos a construir esa auténtica *ecología humana* que es imprescindible para entender y vivir con autenticidad esa *ecología integral*, que a lo largo de las diferentes sesiones de estas jornadas será objeto de vuestra reflexión. Porque hoy, más que nunca “*se vuelve actual la necesidad imperiosa del humanismo*”<sup>10</sup>

Muchas gracias.

8 TERESA DE CALCUTA, *El amor más grande*, p. 48-49.

9 FRANCISCO. Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n° 183.

10 FRANCISCO, Carta encíclica *Laudato si'*, n 141.

## Ordenación de dos presbíteros y un diácono en la Solemnidad de la Santísima Trinidad

Seminario Mayor del “Divino Maestro” de Ourense, 11 de junio de 2017.

*Mi querido D. Camilo, Obispo-emérito de Astorga.*

*Mis hermanos en el sacerdocio y queridos seminaristas.*

*Hermanas y hermanos míos en el Señor.*

*Saludo con especial afecto a los que, en el día de hoy, vais a ser ordenados presbíteros y diácono, a vuestros familiares y amigos.*

En este día de la solemnidad de la Santísima Trinidad, con las mismas palabras de la Liturgia de las Horas repetimos: *Bendita sea, ahora y por siempre, y por todos los siglos, la santa y única Trinidad, que ha creado y gobierna todas las cosas.* Es éste el misterio central de la fe y de la vida cristiana, que nos ha sido revelado por el mismo Jesucristo y es la fuente de todos los misterios del cristianismo. Por eso, con las palabras con las que el apóstol Pablo concluye su segunda carta a los fieles de Corintio, y que acaban de ser proclamadas, os digo:

*Hermanos, alegraos, trabajad por vuestra perfección, animaos; tened un mismo sentir y vivid en paz. Y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros. Saludaos mutuamente con el beso santo. Os saludan todos los santos. La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con todos vosotros”* (2 Cor 13, 11-13)

Esa fe en la Santa Trinidad es como esa *fonte do mana* y corre toda la actividad de la Iglesia. Una fuente de la que brota todo el misterio de la Iglesia que es un misterio de comunión y amor. Por eso, el mismo san Agustín, con su estilo peculiar, nos dice: *Donde está el amor hay trinidad: uno que ama, uno que es amado y uno que es el amor.* Desde esta clave, mis queridos hermanos: José María, Hildebrando y Miguel, se entiende lo que acontece en nuestra vida desde el Bautismo y, de algún modo es el fundamento de todo lo que está aconteciendo y va a tener lugar en el marco de esta celebración eucarística, *aunque es de noche* - como nos dice Juan de la Cruz -; es decir, aunque no seamos capaces de comprender racionalmente todo lo que el Espíritu del Señor va a realizar en la Iglesia y en cada uno de vosotros en esta tarde.

¡Mis queridos ordenandos! El ministerio que vais a recibir no es la culminación de la carrera eclesíastica, ni como un paso más en el escalafón clerical, ¡no! ¡Nada de eso! Habéis sido elegidos por el Señor Jesús, en el seno de la comunión de la Iglesia, para prestar un servicio. He ahí la clave de vuestro título y de vuestro señorío: ¡servir! Pero servir a la Iglesia como ella quiere ser servida, y no servirnos de ella para nuestros intereses.

La ocasión que nos brinda la solemnidad que hoy celebramos nos lleva a re-

flexionar sobre uno de los aspectos de ser sacerdotal del que se discutió tanto en años anteriores y todavía hoy se siguen hablando de ello: *la identidad sacerdotal*. Sin embargo, no podemos dudar de que la identidad del ministro ordenado, tanto del presbítero como del diácono, al igual que la de todo cristiano tiene su fuente en la Santísima Trinidad. Es bueno recordar que *es en el misterio de la Iglesia, como misterio de comunión trinitaria en tensión misionera, donde se manifiesta toda identidad cristiana y, por tanto también la identidad específica del sacerdote y de su ministerio*; es precisamente en este ámbito de realidad eclesial en donde encontramos el marco que perfila, delimita y proyecta nuestro ser y actuar de obispo, presbíteros y diáconos. En definitiva: **nuestro ser cristiano**. Porque, en definitiva, lo que se nos pide a los que hemos recibido el Sacramento del Orden es que seamos unos buenos cristianos. Unos cristianos que enviados por el Padre, por medio de Jesucristo, vivificados y dinamizados por el Espíritu Santo somos elegidos, no por méritos propios, sino por pura misericordia de Dios, para servicio de la Iglesia y para la salvación del mundo.

No se entiende nuestro ministerio ordenado sin esta referencia a la eclesiología de comunión. No somos directores, gestores, o administradores de esas pequeñas entidades, que pudieran ser las comunidades eclesiales a las que se nos envía, y que a su vez éstas forman parte de una gran multinacional que es la Iglesia Católica. Tampoco somos dueños de entes autónomos en donde proyectamos, ordenamos, hacemos y pasamos nuestras tasas correspondientes. Ya sé que ahora no pensáis así, es más, tengo la certeza de que no es ésta la teología que os han enseñado en el Instituto Teológico “Divino Maestro”. Sin embargo, qué es lo que sucede en algunos casos – pocos gracias a Dios – que una vez ordenados algunos actúan como hemos dicho antes.

Sería bueno recordar aquella máxima, que seguro habéis aprendido en filosofía: *Operari sequitur esse* (el obrar sigue al ser). Si nuestras acciones denotan esa pastoral por libre, en la que hacemos y deshacemos a nuestro antojo; si no buscamos ni creamos comunión, olvidándonos de que el presbítero *está inserto sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los otros presbíteros*; si las programaciones diocesanas, los proyectos arciprestales, los retiros, los ejercicios espirituales, los encuentros para la formación permanente, los aranceles establecidos en la provincia eclesiástica de Galicia, y otras muchas realidades que configuran nuestra actividad, al poco tiempo de la ordenación ya se convierten en simples anécdotas o en unas ciertas superestructuras eclesiásticas de poder que el Obispo y los de su entorno establecen para hacer presente su poderío y gobierno; si esto es así, algo se está perdiendo: **el espíritu de comunión eclesial y de disponibilidad en el ministerio**. En ocasiones se puede llegar a establecer, incluso, una dialéctica malévola y contrapuesta entre el sacerdote y el obispo, entre las parroquias y el Obispado. Y donde hay división allí habita el espíritu del mal que

es “divisor” y maligno.

Entendida así la Iglesia y planteado de este modo el sacerdocio, os conducirá irremediabilmente a la infidelidad, a la falta de espíritu de servicio y de disponibilidad. En definitiva: ***os convertiría en simples funcionarios de lo sacro y hombres infelices***. Si acontece esta realidad os llevará a buscar esos sucedáneos del amor auténtico: el poder, el aumento de la cuenta corriente, o cualquier afecto desordenado que terminará esclavizándoos.

La eclesiología de comunión debe ser la dinámica, no sólo teórica, sino existencial, que os ayudará a tener como referencia constante a la Iglesia, porque sólo así podréis mantener el contacto vivo con Jesucristo, porque el misterio de la Iglesia, vivido como comunión y misión, está esencialmente relacionado con la vida y la persona Jesucristo, y no podemos olvidar que el ministerio ordenado en la Iglesia Católica encuentra su plenitud y la verdad de su identidad en cuanto está unido a Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor.

¡Hermanos míos! En nuestra Iglesia particular nos encontramos en un proceso sinodal que, de suyo, constituye una experiencia gozosa de comunión. Si los cristianos que viven su fe en las tierras que constituyen esta Diócesis no pueden situarse al margen de este dinamismo eclesial, muchísimo menos los presbíteros y los diáconos. Por otra parte, mis queridos José María, Hildebrando y Miguel, estamos experimentando la creciente necesidad de una reestructuración pastoral debido a la situación en la que se encuentra un buen número de sacerdotes ancianos y enfermos, de tal modo que esto nos impide responder como quisiéramos a todas las necesidades de nuestro pueblo. Os pido que mantengáis un espíritu de disponibilidad eclesial en el ejercicio de vuestro ministerio y que ayudéis al Obispo en esta tarea que es de todos. Ya han pasado aquellos tiempos en los que los clérigos buscaban beneficios, opositaban a prebendas o encomiendas y había algunos – como uno de mis parientes lejanos - que se ordenaban a “*título de patrimonio*”. Dentro de aquella perspectiva el ministerio ordenado era entendido como una carrera para ir ocupando los mejores puestos hasta terminar instalándose de forma definitiva en una dinámica pastoral de conservación y no de misión evangelizadora.

No os olvidéis nunca, y os ruego que lo llevéis a vuestra oración con frecuencia, que el sacerdote, y el diácono en su medida, es el ***servidor de la Iglesia misterio*** porque realiza los ***signos eclesiales y sacramentales***, ¡fijaos bien!, signos eclesiales y sacramentales de la presencia de Cristo resucitado. Es ***servidor de la Iglesia comunión*** porque – unido al Obispo y en estrecha relación con el Presbiterio – construye la unidad de la comunión eclesial en la armonía de las diversas vocaciones, carismas y servicios. Por último, es ***servidor de la Iglesia misión*** porque hace a la comunidad anunciadora y testigo del Evangelio.

He ahí la triple clave en la que debéis insertar vuestro ministerio si queréis

ser esos discípulos misioneros que el mundo reclama y la Iglesia necesita. Una clave que se asienta en una Iglesia entendida de forma trinitaria como **misterio, comunión y misión**. No penséis que a base de muchas misas, dichas a prisa y corriendo, se hace realidad la vida y actividad de la Iglesia. Os ruego que no os equivoquéis, el mucho activismo y el andar de aquí para allá, sin tiempo para rezar la Liturgia de las Horas – que forma parte del ejercicio de vuestro ministerio, no sólo el andar de funerales - , el no tener nunca un espacio libre para poder asistir a los encuentros sacerdotales diocesanos: la Misa Crismal, los retiros de zona, los ejercicios espirituales anuales. La dinámica de no encontrar el tiempo oportuno para continuar con la confesión sacramental y la dirección espiritual que, si en el Seminario era necesario, ahora, con el ejercicio del ministerio es más que imprescindible si queremos perseverar con alegría en nuestro camino. Todo esto y lo que queda recogido en el *Directorio para vida y ministerio de los presbíteros*, así como en la exhortación *Pastores dabo vobis*, que pudiéramos denominar la carta constitucional del presbítero católico, y que os aconsejo a todos los sacerdotes, diáconos y seminaristas que convirtáis estos textos en vuestra lectura habitual y que os acompañen a menudo, junto con la Sagrada Escritura y la Liturgia, en vuestra meditación personal cotidiana.

Amigos míos: Hablar del ministerio ordenado se convierte para un sacerdote en una pasión dominante, una fuente inagotable de reflexión y estudio. Sin embargo, es hora de terminar.

Os invito a que volvamos la mirada de nuestro corazón a la “Madre del Divino Maestro” y le supliquemos a Ella, que la piedad popular ha denominado *templo y sagrario de la Santísima Trinidad*, para que nos ayude a ser en nuestra vida testigos de ese Dios en el que hemos sido bautizados, en el que creemos, somos y vivimos, y así nos convirtamos en esos testigos vivos del amor misericordioso de este Dios Uno y Trino.

¡ Qué así sea!

## CARTAS

## Con motivo de las Primeras Comuniones

20 de mayo de 2017

**“Limpia pobreza”**

Hace unos días, relejendo los escritos de san Juan de Ávila, el gran maestro del clero español, me encontré con esta frase que, en realidad, es muy significativa: *limpia pobreza*. La recomendaba, no sólo a los sacerdotes, sino a todos los cristianos. La vivencia de la virtud de la pobreza y, al mismo tiempo, la diferencia que existe entre ésta y la miseria, la suciedad y el descuido. El papa Francisco en ocasiones también ha sido muy expresivo en este sentido. Ya estamos casi rematando las fiestas de la Pascua. La primavera camina hacia su fin y se acerca el verano con sus fiestas y romerías.

En ocasiones, algunos agentes de pastoral me dicen que hay personas que se gastan lo que no tienen en sus fiestas. Otros afirman, con desfachatez; *se gasta lo que se necesite, aunque se deba*. Creo que estamos perdiendo la medida. La *crisis*, palabra tan manida y creo que ya vaciada de contenido por su utilización excesiva, no ha abandonado todavía muchos hogares de nuestro pueblo; me baso en esta afirmación en lo que me dice Caritas Diocesana. Sin querer, nos estamos dejando incentivar por algunos medios de comunicación de masas y, sin darnos cuenta, estamos sumergiéndonos, desde hace tiempo, en una sociedad de consumo que, en ocasiones, termina por aplastar a las personas, casi siempre a las más débiles y necesitadas.

Lo que digo quisiera concretárselo con algún ejemplo. Estamos en el tiempo de las primeras comuniones, aunque lo que digo sobre ellas creo que podríamos afirmarlo sobre algunos bautizos, y no digamos ya de los banquetes de bodas. ¡No podemos perder la medida! es decir, no podemos perder el equilibrio o, lo que es lo mismo, la racionalidad. Soy consciente de que toco un tema especialmente delicado y que *no es políticamente correcto*; sin embargo, escribo para los que se consideran hijos de la Iglesia. Lo hago con todo el afecto de padre, amigo y pastor.

En el caso de las primeras comuniones creo que, como decía hace unos días en la prensa un juez responsable de un tribunal de menores: *Se nos está yendo la pinza*. Esta afirmación coloquial quiere ser un despertador para que nos ayudemos: pastores, padres, docentes y agentes de pastoral a situar en la dimensión adecuada la recepción de algunos sacramentos. Los gastos a los que se enfrentan algunas familias con la primera comunión de sus hijos es un asunto serio; se dan ocasiones en las que los bancos – entidades que no tienen alma – tienen que conceder con frecuencia unos microcréditos para poder estar a la altura de algunas celebraciones. Vestidos y aderezos diversos, banquete, regalos que en ocasiones ya superan, como he dicho, la medida. No sirve cualquier obsequio. Ni siquiera cualquier detalle de cariño. Hoy nos podemos encontrar con móviles de última generación,

viajes a Eurodisney, almuerzos a nivel de “master chef”. El listón lo estamos colocando en un nivel muy alto; algunos padres se encuentran en dificultades para responder a las exigencias de una sociedad de la apariencia en la que solo priva el bienestar material, el disfrute y el quedar bien con los amigos, o mejor que bien.

Ante esta situación muchos de nuestros sacerdotes se sienten impotentes e incomprendidos, algunos puede ser que hayan sido acusados de tacaños o huraños; de no estar a la altura de los tiempos!. Nuestros curas y catequistas siguen predicando e insistiendo en las catequesis contra todo este *mercadeo de las cosas santas*. A veces sucede como en las bodas que se realizan en la Iglesia, se gasta un dineral en muchas cosas y se le regatea al sacerdote lo poco que pide para la limpieza, la música, o el adorno floral del templo. Bueno, este es un ejemplo. No quisiera que lo tomarais a mal.

En este tipo de comportamientos y de actitudes quién o quiénes salen beneficiados. Creo que los niños, no. A veces se centran en lo externo y no se preocupan de lo interno, de la verdadera preparación del corazón para recibir a Jesús en la Eucaristía. Perdonad si soy un poco duro. A veces la Eucaristía es un simple pretexto. Algunos se pueden preocupar de ir muy arreglados por fuera pero su interior está lejos de lo que es y significa recibir un sacramento.

Amigos míos, en una sociedad como la nuestra en donde vemos y percibimos tantas cosas que nos duelen y tantas necesidades como padecen algunos hermanos, ¡que a veces puede que no vivan muy lejos de nosotros!, que estas cosas nos tienen que ayudar a reaccionar. ¡No nos olvidemos de lo que nos repite el papa Francisco: *Necesitamos una conversión personal para lograr un conversión pastoral* y en circunstancias en donde de lo que se trata es de potenciar el dinamismo de un hecho de fe, lo que no podemos hacer es subirnos al carro del consumismo aplastante que después hay que ir pagando poco a poco. En ocasiones estas fiestas excesivas – y que conste que no soy enemigo de la fiesta – esconde una falta de auténticos criterios cristianos.

Algunos echamos en falta aquel chocolate con churros con los amigos y compañeros, o la bizcochada hecha por la abuela en el horno de casa. No creo que nuestros niños, a veces aturdidos con tantos flases, videos y regalos, vivan la Primera Comunión con más intensidad que aquellos otros que solo guardan de aquel acontecimiento una fotografía recuerdo. No os digo que suprimáis la fiesta o los regalos, de lo que se trata es de que *no se nos vaya la pinza*, - como decía el otro -, lo que os aconsejo es que nos esforcemos por ayudar a nuestros niños a vivir los acontecimientos de la fe dándole *importancia a lo esencial*, subrayando lo que es principal en cada acontecimiento y que luchen, ya desde pequeños, para no ser víctimas de un consumismo exacerbado, porque si no se reacciona a tiempo, pueden ser aplastados por él en el futuro. Y de ello todos tenemos ejemplos muy elocuentes.

Con todo afecto me encomiendo a vuestras oraciones y os bendice.

## Carta pastoral con motivo de los daños sufridos en las cosechas

29 de mayo de 2017

### ¡Mirar a Dios!

Hace tan solo unas semanas, cuando celebrábamos la gozosa alegría de la Pascua y percibíamos cómo la propia naturaleza parecía unirse a nuestra festiva celebración con el anuncio de los frutos en flor, una helada como no recuerdan nuestros mayores, dejó completamente arrasada una buena parte de la producción de los campos de nuestra tierra. Ante esta situación se me hizo vivamente presente el espíritu de la carta encíclica del papa Francisco *Laudato si*, en la que nos evoca el cuidado por la casa común y además nos invita a preocuparnos de forma solidaria por las gentes del campo que en esta ocasión están sufriendo las consecuencias devastadoras de los fenómenos meteorológicos que han causado, y siguen haciéndolo con las frecuentes tormentas, pérdidas irreparables en las diferentes plantaciones, las huertas y las viñas.

Los hombres y mujeres del campo, algunos con lágrimas en los ojos y con una grave preocupación en sus rostros, manifiestan que la vendimia y la recolección de los frutos de la tierra este año van a ser prácticamente inexistentes. Los campos y los viñedos, casi siempre empresas familiares, muy humildes en su inmensa mayoría, dan trabajo y comida a los sufridos hombres y mujeres del mundo rural. Sabemos que se enfrentan a una situación muy complicada: algunos comentan que es la peor de su historia y que hace tambalear su supervivencia y sus puestos de trabajo. A todo esto se añade la falta de agua suficiente para los cultivos, a pesar de las tormentas esporádicas que, en ocasiones están causando mucho daño a causa de su violencia.

Ante esta grave situación que nada ni nadie parece poder solucionar de manera adecuada, os invito a todos, tal como nos enseñaban nuestros mayores, curtidos por los trabajos de la tierra pero con corazones grandes y abiertos al querer de Dios, a que elevemos nuestras manos y nuestros corazones al cielo implorando su ayuda y remedio. Cuando se ponen los medios humanos y no se obtienen los resultados oportunos, sino ¡todo lo contrario! nuestros antepasados en la fe suplicaban al Buen Dios y a sus santos que les concediese un tiempo bueno para las cosechas.

Ruego a los sacerdotes y demás agentes de pastoral que eleven oraciones al Dios de la Misericordia que nos conceda la lluvia y el clima adecuado para que nuestros campos sean fecundos; encomendamos especialmente a los sacerdotes que, cuando las normas litúrgicas lo permitan, después de una breve y adecuada catequesis, utilicen los formularios litúrgicos que aparecen en el Misal para estas ocasiones, de manera especial las Misas y oraciones por diversas necesidades (págs. 1049 y 1061 de la nueva edición del Misal; en el Misal galego, en las págs.



---

971ss, especialmente 981-984). La Eucaristía es, entre otras muchísimas cosas, una síntesis de toda la creación que se hace ofrenda a Dios a través de los dones de pan y vino fruto de la tierra, de la vid y del trabajo del hombre. Allí donde no puedan estar presentes los sacerdotes, animo al pueblo fiel que abra esos hermosos templos y ermitas lean y escuchen la Palabra de Dios y supliquen al Señor del Universo que nos envíe un tiempo propicio para que las cosechas sean féculdas.

A pesar de que el ambiente que nos rodea está impregnado de un fuerte secularismo, así como de una creciente indiferencia en cuestiones religiosas, especialmente contra el hecho católico, sin embargo, las gentes de nuestros pueblos, la mayoría hombres y mujeres de una fe sencilla y recia, en medio de las dificultades sabe mirar a Dios y a sus santos, y alaban a Dios como Creador y Señor de todo lo creado, tal como nos lo manifiesta la carta encíclica *Laudato si'*. Elevemos también nosotros la mirada de nuestro corazón para que Dios y sus santos nos sean propicios en estos momentos de adversidad.

Se encomienda a vuestras oraciones y os bendice, vuestro siempre.

✠ *J. Leonardo Lemos Montanet.*

*Bispo de Ourense*

## A los Misioneros Ourensanos en la Solemnidad de Pentecostes

### *Sois el rostro “auténticamente” misionero de la Diócesis*

Mis queridos hermanos y hermanas: Al acercarse la Solemnidad de Pentecostés, “fiesta del comienzo de la Iglesia”, en mi corazón de padre, hermano, amigo y pastor renace con fuerza mi más sincero agradecimiento a todos los que formáis parte de esta Iglesia, de antiquísimas raíces cristianas, y que peregrina en la fe por estas tierras de Ourense. Con frecuencia, con motivo de la Visita Pastoral en muchas de nuestras comunidades parroquiales, extendidas por la amplia geografía de nuestra Diócesis, me encuentro con que vuestros familiares os hacen presentes, con vuestros nombres y apellidos. No sois historias de un pasado, sino algo muy presente y vivo. ¡Sois Iglesia!

Se os recuerda con afecto y cariño agradecido porque sois esa *Iglesia en salida* que nos ayuda a reconocer que somos una Diócesis que siempre debe estar y sentirse en misión. Es verdad que los tiempos han cambiado y, en estos momentos, son los que de *allende nuestras tierras*, quizás vuestros hijos e hijas espirituales - aquellos que han surgido como consecuencia de vuestra fidelidad misionera -, los que tendrán que ayudarnos a los de aquí a descubrir que nuestro trabajo pastoral actual debe ser entendido en clave de misión, de lo contrario no habremos superado la etapa del simple “mantenimiento”. Si queremos salir al encuentro de tantos hermanos y hermanas que habiendo recibido los sacramentos de la iniciación cristiana se han apartado de la Iglesia y se han alejado incluso de la fe recibida, o puede que se encuentren situados en ese complejo ámbito de la indiferencia, necesitamos salir a su encuentro manifestándoles el rostro de una Iglesia madre y misericordiosa, de un Señor cercano que nos quiere mostrar la ternura de Dios.

Sabéis bien que llevamos poco más de un año dando pasos para llevar a cabo un Sínodo Diocesano. Hasta este momento yo tengo que afirmar, y no sería sincero con vosotros si no lo hiciese, que lo he vivido como un momento de gracia y de cercanía. Como una ocasión que nos está ayudando a descubrir un estilo de Iglesia que nos invita a caminar juntos buscando nuevos caminos y métodos para acertar en esta nueva tarea evangelizadora que nos pide la Iglesia.

Vosotros, mis queridos hermanos y amigos misioneros, nos enseñáis siempre cuál debe ser el camino. Habéis sido enviados por el mundo entero con la única condición de ser un eco, con vuestras vidas, del Evangelio de la alegría. No habéis puesto condiciones, habéis entregado todo lo que tenías y érais, incluso dejasteis esas legítimas uniones con vuestras familias y con vuestra tierra. Vuestra disponibilidad es para nosotros un ejemplo y una lección constante de vitalidad evangélica. En nombre de esta Iglesia os estamos inmensamente agradecidos. Cuando a nosotros nos cuesta tanto trabajo cambiar de una parroquia para otra, incluso dentro de nuestra geografía diocesana, y siempre tenemos disculpas que

dificultan el ejercicio del ministerio, vosotros sois siempre un motivo para ponernos en camino.

Hace tan solo unos días en el santuario de Fátima, escuchaba al papa Francisco, que nos invitaba a descubrir el rostro joven y hermoso de la Iglesia que resplandece *cuando es misionera, acogedora, libre, fiel, pobre de medios y rica de amor*. Eso que nos pide el Santo Padre es lo que todos deseamos para esta porción de la Iglesia santa de Dios, que como *Iglesia en misión* quiere salir al encuentro de nuestros hermanos los hombres y mujeres de nuestro tiempo, que como “pobres de Jesucristo” extienden sus manos rogándonos que nos convirtamos en esos testigos misioneros, testigos alegres y convencidos de que sólo el Evangelio de Jesús transformará la vida y el mundo entero.

Al mismo tiempo que os tenemos presente, os rogamus que no os olvidéis de nosotros en estos *momentos un tanto recios* para la labor pastoral, para las vocaciones al ministerio sacerdotal, a la vida religiosa, misionera y monástica. Necesitamos vuestra fuerza, contamos con vuestra fidelidad y disponibilidad plena al servicio de la causa del Reino. Y confiamos en que la providencia amorosa del Buen Dios nos ayude a encontrarnos el próximo día 22 de julio: *Día de los Misioneros Diocesanos*.

Que el don del Espíritu Santo que ha encendido en vuestros corazones la llama de la misión “*ad gentes*” nunca se apague en esta Iglesia particular y sea para nosotros, los de aquí, un estímulo y acicate para nuestra fidelidad y disponibilidad **en y para** servir a la Iglesia como ésta quiere ser servida, y allí donde nos necesite.

También yo, como un *pobre de Jesucristo* me encomiendo a vuestras oraciones y os ofrezco lo que no es mío: la bendición del Señor Resucitado.

✠ J. Leonardo Lemos Montanet.

*Bispo de Ourense*

**Carta con motivo de la Solemnidad del *Corpus Christi* 2017***7 de junio de 2017*

*Mis queridos hermanos sacerdotes.*

*Hermanas y hermanos míos en el Señor:*

El próximo domingo, día 18 de junio, celebramos la solemnidad del *Corpus Christi*, una fiesta en la que a pesar de estar inmersos en una sociedad secularizada, recorrida por modas laicistas y con una creciente indiferencia ante el hecho religioso católico, sin embargo, muchos de nuestros conciudadanos desean y esperan de nosotros una manifestación pública de nuestra fe.

El papa Francisco nos pide una Iglesia en *salida*, todos sabemos que son muchas las formas y maneras de entender y vivir esa *salida*. Os invito a que salgamos todos y *caminemos unidos* en torno al Señor, presente en la Eucaristía. Ese día, celebraremos solemnemente la Eucaristía en la Catedral, a las 10 de la mañana, y cuando ésta finalice saldremos en procesión, sobre las 10.45 horas, por nuestras calles y plazas. Este año, al estar en curso las labores de restauración de la puerta Norte de la Catedral, la salida la haremos por la puerta de la escalinata del atrio norte (C/ Juan de Austria). Las personas que tengan algunas limitaciones físicas tendrán que hacerlo por la Puerta Sur (Praza do Trigo). A partir de aquí seguiremos el recorrido de costumbre y concluiremos con la bendición al pueblo y a la ciudad desde la escalinata del Pórtico del Paraíso (Praza San Martiño).

Ruego a los sacerdotes de la ciudad que os hagáis presentes y que comunicuéis esta invitación a vuestros feligreses.

Sería deseable que participasen en la procesión los miembros de la Adoración Nocturna de vuestras parroquias y que las cofradías de la ciudad se uniesen a la procesión con sus estandartes respectivos. ¡Que todo sea para Gloria de Dios! Y, además, que *juntos caminemos* acompañando a Nuestro Dios y Señor presente en la Eucaristía.

Durante el tiempo de la procesión, es decir, desde las 11 a las 12.30 horas debéis comunicar a vuestros fieles que en las parroquias del centro de la ciudad y en los demás lugares de culto, en especial por donde pasa la procesión, no se podrá celebrar ningún acto litúrgico.

Me encomiendo a vuestras oraciones y os bendigo con afecto.

✠ *J. Leonardo Lemos Montanet.*

*Bispo de Ourense*

## OTROS ESCRITOS

### Comunicación a los participantes en la Reunión de Arciprestes, Vicariprestes y Delegados Episcopales

Seminario Mayor del Divino Maestro. 26 de abril de 2017.

*Mis queridos hermanos y amigos:*

Una vez más quisiera agradeceros y felicitaros por la fidelidad con que asistís a este encuentro mensual. Ciertamente, es ésta una asamblea eclesial que, aunque no está recogida en el organigrama canónico de la Iglesia, sin embargo, considero que es una institución pastoral que resulta imprescindible al Obispo para el ejercicio de su ministerio pastoral y, al mismo tiempo, es un cauce de convivencia, un momento de oración en común, de intercambio de pareceres, un ámbito en el que podemos clarificar nuestras dudas y buscar luz para nuestras preocupaciones.

Quisiera que mis palabras comenzasen con la lectura de un fragmento del Oficio litúrgico de ayer, que nos puede servir para iniciar nuestra reflexión. Es un texto de San Ireneo:

*La Iglesia, pues, diseminada, por el mundo entero, guarda diligentemente la predicación y la fe recibida, **habitando como en una única casa; y su fe es igual en todas partes**, como si tuviera una sola alma y un solo corazón, y cuando predica, enseña y trasmite, **lo hace al unísono**, como si tuviera una sola boca. Pues aunque en el mundo haya muchas lenguas distintas, el contenido de la tradición es uno e idéntico para todos.*

- Habitamos en una misma Iglesia local
- Estamos invitados a ser cauce de trasmisión
- Y, todo esto debemos hacerlo al unísono
- Para ello es imprescindible el espíritu de comunión vivida de una manera efectiva.

No es necesario repetir la importancia que tiene el Arcipreste dentro de la actividad y de la vida de nuestra Iglesia particular. ¡Lo sabemos!

- Por sus competencias son como una especie de *vicarios episcopales territoriales*.
- Es el responsable de:
  - Hacer de las zonas pastorales una realidad más viva y operativa.
  - Conjuntar intereses pastorales y eclesiales.
  - Promover la vivencia de la comunión sacerdotal.
  - Servir de cauce entre las necesidades de los sacerdotes y el Obispo -Vicario- o la Delegación del Clero.
  - Ayudar al Obispo para una mejor distribución de los servicios pastorales.

- En realidad al Arcipreste se le pide que sea *líder* pastoral.

Hemos realizado un recorrido complejo, pero apasionante, en estos últimos años después de la

- Redistribución Arciprestal, que ya venía estudiada desde el pontificado anterior.
- Y de la *renovación arciprestal* en la que nos encontramos.
- Preocupados de la *creación de infraestructuras* en diferentes “Zonas pastorales”, en las que cada vez son imprescindibles las llamadas “casas pastorales” que, ahora, con ocasión de las reuniones de los grupos sinodales se nos manifiestan como lugares imprescindibles para vivir la eclesialidad.

No podemos olvidar que el Arciprestazgo es:

- hogar
- escuela
- taller.

Tanto a vosotros como a mí nos preocupa mucho que, a pesar de los esfuerzos realizados en estos últimos años, nos encontremos con hermanos sacerdotes que no se dejan ayudar, que no piden ayuda, no aceptan vivir más acompañados y no acuden a las convocatorias ni diocesanas, ni arciprestales. Han convertido su propia vida pastoral en pura realidad *autoreferencial*, como nos repite con frecuencia el Santo Padre Francisco. A pesar de nuestros intentos que directa e indirectamente llevamos a cabo, no logramos llegar a esos hermanos.

¡Gracias a Dios es una minoría! que en un colectivo tan grande, no supone especial problema sociológico, pero sí pastoral y personal; normalmente son *islas pastorales*.

Se dieron pasos, aunque nunca son suficientes, para potenciar la labor pastoral de un Equipo Sacerdotal; de hecho, la estructura creada en torno al Arciprestazgo es ya un modelo de este tipo de equipo al estar estructurado en:

- Arcipreste
- Vicearcipreste
- Secretario del Arciprestazgo

Una vez más somos conscientes de que el Sínodo Diocesano está constituyendo un cauce para poner en valor y en operatividad los Arciprestazgos con sus respectivas zonas pastorales.

Tenemos que reconocer que en nuestra Diócesis se han logrado, en los últimos años, una serie de objetivos por los que damos gracias a Dios, de manera especial:

1º/ Asamblea Arciprestal, a la que hemos invitado a los *Delegados Episcopales*. Y a los que hay que animar para que asistan con más frecuencia y sientan esta reunión mensual como algo importante en el ejercicio de su ministerio al servicio de la Diócesis y del Obispo.

2º/ Es necesario cuidar más la participación *activa y constitutiva* de esta reali-

dad pastoral

3º/ Me atrevería a decir que esta asamblea constituye una especie de *lugar teológico*, como afirmaba en mi carta pastoral *Los Arciprestazgos: Un estructura viva para una tarea de futuro* (8 de septiembre de 2013) nº 25. Es en esta asamblea en donde se puede vivir mejor la vida sacerdotal de una forma más eclesial y existencial, porque en ella se manifiesta, una vez más la comunión entre los presbíteros y el Obispo, comunión a la que no son ajenos los Delegados Episcopales laicos.

En estos momentos ya llevamos cuatro años y debemos hacer una reflexión sobre nuestro estilo de caminar hasta aquí y mirar al futuro con esperanza y como un reto... a veces doloroso como el que estamos experimentando hoy con la repentina muerte de D. Luis Álvarez Tejada. La situación pastoral con la que nos encontramos es *una llamada a la colaboración entre todos*, de algún modo supone un aldabonazo en la disponibilidad en el ejercicio del ministerio sacerdotal, no es un asunto sólo del Obispo y del Vicario ;qué se las arreglen!. El que piense así creo que hay algo en su sacerdocio que está dormido o, en el peor de los casos, puede oler a podrido y es síntoma de una *muerte pastoral anunciada*.

Cuando recibimos una herida como lo es esta pérdida de un hermano sacerdote cuando éste estaba desempeñando una tarea pastoral en varias comunidades, además de la atención que prestaba a grupos apostólicos y entes académicos, todo el organismo se debe volcar y centrar en la herida que se abre en nuestro trabajo pastoral, lo mismo debe acontecer en nuestro Presbiterio.

Tenemos delante proyectos muy alentadores como es el Sínodo Diocesano, que a pesar de los recelos y preocupaciones con los que nos hemos encontrado en los días previos a su promulgación y en los primeros recorridos, tengo que decir, que gracias a Dios, está resultando ser una ocasión propicia de renovación y de vivencia de comunión, así como un despertar en los seglares de su conciencia de Iglesia.

No quisiera finalizar mi reflexión sin hacerles, nuevamente, una recomendación: es necesaria la creación de una "Cultura Vocacional". En estos momentos, no hay ningún posible seminarista para el Seminario Mayor "*Divino Maestro*", sí nos constan dos nuevos ingresos para el "*Redemptoris Mater*". En años pasados de nuestro Presbiterio marcharon un buen número de sacerdotes a prestar un servicio fuera de la Diócesis, *ad gentes*, algunos todavía andan por ahí.

Ahora estamos constatando, en todas las Diócesis Españolas, cómo seminaristas, y a veces sacerdotes de otros lugares vienen a ayudarnos y a quedarse entre nosotros para servir a esta Iglesia. Tenemos que hacer una reflexión verdadera y humilde acerca de esta situación, y acogerlos fraternalmente con esperanza.

A pesar de todo es imprescindible dar los pasos necesarios y sugerir posibilidades para la creación o potenciación de zonas y casas pastorales, así como la constitución de algún organismo tanto unipersonal como de un grupo que se hagan

eco de esta “cultura vocacional”.

En estos momentos, finalizado el periodo establecido en los Estatutos es necesario proceder al nombramiento de los candidatos a *Arciprestes* y *Vicearciprestes*. Si me permitís, quisiera rogaros que os dejéis llevar de una autentica comunión eclesial, pedid ayuda al Espíritu Santo y proponed a aquellos hermanos sacerdotes que tengan una auténtica y verdadera preocupación por el bien de nuestra Iglesia particular. No os olvidéis que un arcipreste que funciona y tiene corazón sacerdotal hace funcionar la zona pastoral.

Que santa María Madre y san Martín nos ayuden y protejan en este nuevo camino pastoral.



## Na presentación dun Selo sobre a figura de Carlos Casares na *Sociedade Filatélica, Numismática e Vitolfilica Miño*

Quixera responder coa maior prontitude á *Sociedade Filatélica, Numismática e Vitolfilica Miño* que con ocasión do Día das Letras galegas 2017, quere dedicar unha homenaxe especial a un fillo destas terras ourensás: Carlos Casares Mouriño, xornalista, político, literato, poeta. Un valor literario das nosas letras que naceu e medrou en Ourense. A súa vida transcorreu entre Xinzo de Limia, Lamas, Sabucedo e na casa reitoral de santa Eulalia de Beiro. Ingresou no Seminario Menor de Ourense, era o ano 1952. Naquel centro, grazas a algún dos seus profesores, como don Agustín Madarnás, comezou a descubrir a súa vocación literaria; foi alí onde, por primeira vez, se converteu en editor e redactor dun xornal chamado *El Averno*. Era unha publicación case artesanal da que, seguro, se poden atopar algúns exemplares no arquivo do Seminario, ou entre os libros dalgún dos seus profesores. Podemos afirmar que a súa formación humanística e o coñecemento que posuía dos clásicos adquiriunos naquel centro. Casares faleceu prematuramente, aos sesenta anos, xusto cando o xenio e o artista chegan ao cénit da súa produción e cando máis intensa podería ser a súa produción literaria.

Esta *Sociedade Miño*, tan polifacética como creativa, permanece sempre atenta aos diferentes acontecementos que teñen lugar na nosa rica e variada xeografía, e faino porque é unha asociación cultural moi viva. Tralos selos, as moedas e as bitolas agóchanse os rostros de tantas persoas e institucións que deixan o seu sinal, ás veces silencioso, nestes pequenos obxectos, que pasan desapercibidos para algúns, refugados por outros e convértense en paixón dos coleccionistas.

Nesta ocasión quérenos obsequiar coa posta en circulación dun selo postal co seu cuño correspondente, enriquecendo deste xeito a colección que esta Sociedade puxo en circulación ao longo da súa historia. Agora vólvenos a sorprender, unha vez máis, coa súa achega.

Quixera aproveitar a ocasión para felicitar aos organizadores deste evento e agradecerlles a oportunidade que me brindan para unirme a esta homenaxe e posta en valor da vida e obra de Carlos Casares, este ourensán, que a través das súas numerosas obras enriqueceu a literatura galega. Nelas plasma os costumes e inqedanzas do noso pobo. Algunhas delas compúxoas pensando nos nenos, onde queda reflectida a sensibilidade do seu espírito libre; por outra banda, non podemos esquecer esas fermosas traducións ao galego da famosa obra *O Principiño* de Saint-Exupéry, e *O vello e o mar* de Ernest Hemingway, afamado literato tan vinculado ás nosas terras a través do mosteiro de Oseira.

Énchenos de alegría comprobar, unha vez máis, que o Día das Letras Galegas nos ofrece como referente a un ourensán que nunca esqueceu as súas raíces e sempre manifestou o seu agradecemento a estas terras e ás súas xentes.

EN LA REVISTA DIOCESANA *COMUNIDADE***Abril***Semana Santa*

Cuando tengas en tus manos esta revista, estaremos a punto de comenzar la Semana Santa. Para muchos de nuestros conciudadanos es un tiempo propicio para hacer algún viaje, tomar unas vacaciones, si se puede, cerca de la costa, o para cualquier actividad lúdico-festiva.

La sociedad de consumo parece que nos marca las pautas de actuación y, sin darnos cuenta, nos dejamos llevar por su presión mediática; por otra parte, las ofertas que se nos plantean no logran apagar el reclamo que todavía tienen las procesiones de Semana Santa que, en medio del folclore y de las costumbres, del espectáculo y de la fiesta, no dejan de ser una especie de *atrio de los gentiles* porque para muchos esta es la única manera que tienen para entrar en contacto con lo que representan las imágenes procesionales: la Cruz, Jesucristo, María, etc.

Todavía recuerdo aquella pregunta que, al paso de la procesión del *Santo Entierro*, hizo un adolescente a la que, posiblemente, era su abuela: ¿y ese muerto quién es? Jesús, le respondió la señora. Aquél muchacho no tenía idea de lo que aquella imagen representaba.

Debemos convencernos de que la fuerza expresiva que encierra tanta belleza del patrimonio eclesial es una ocasión propicia para la nueva tarea evangelizadora.

Pero la Semana Santa no solo son las procesiones, sino que hay otra realidad más viva y existencial: la celebración del Triduo Pascual.

Me gustaría que pudierais asistir a dos encuentros litúrgicos muy importantes y significativos: la Misa Crismal y la Vigilia Pascual. Estas celebraciones tienen lugar en la Catedral de San Martiño y las preside el Obispo. La primera tiene lugar el Miércoles Santo a las 19:00 horas; en ella la mayor parte de los sacerdotes de la Diócesis, por lo menos algunos de las diferentes zonas o arciprestazgos, representando a todo el Presbiterio Diocesano, renuevan las promesas contraídas el día de su ordenación sacerdotal. Y en este acto tiene lugar la bendición de los *santos óleos*, que son unos aceites que después se distribuirán por toda la Diócesis y servirán, el de los Enfermos, para celebrar el sacramento de la Santa Unción y el de los Catecúmenos en la administración del Bautismo.

También se consagrará el Santo Crisma, que es un aceite mezclado con otras sustancias aromáticas, con el que se unge la cabeza de los bautizados, la frente de los que se confirman, las manos de los sacerdotes el día de la ordenación y la cabeza del que es consagrado Obispo.

Esta celebración es la expresión viva de la comunión de la Iglesia. Todos jun-

tos, Obispos, Presbíteros, miembros de la vida consagrada y los demás fieles laicos, constituyen una sola comunidad en camino hacia la Pascua.

El otro acontecimiento importante es la Vigilia Pascual, Es la celebración litúrgica más importante del año, la que preside el Obispo, rodeado por los presbíteros y el Seminario, y se convierte en uno de los actos más solemnes del Triduo Pascual. En ocasiones, nuestros fieles llenan los templos el día de Jueves Santo y Viernes Santo, sin embargo no van a la Vigilia Pascual.

Entre todos tenemos que ayudarnos a revalorizar este gran acontecimiento que tendrá lugar en la Catedral a las 9 de la tarde.

Desde las páginas de *Comunidade* os deseo a todos una feliz Pascua de Resurrección del Señor.

Con todo afecto se encomienda a vuestras oraciones y os bendice.

*J. Leonardo Lemos Montanet*

*Bispo de Ourense*

## Mayo

**1917-2017**

Entre estas dos fechas hay una distancia de cien años ¡Un siglo! En este mes de mayo en el que la mirada de nuestro corazón se dirige a Santa María quisiera que, desde la revista *Comunidade*, nos hiciésemos eco de las celebraciones que van a tener lugar en la nación hermana y vecina de Portugal, con la que mantenemos unos lazos cordiales ya que nuestra Diócesis limita con las Iglesias de Braganza-Miranda, Villareal y Viana do Castelo. Cualquiera acontecimiento que afecta a estas comunidades cristianas tiene una buena acogida en la nuestra; y mucho más en este caso en el que se celebra el primer siglo de las apariciones de Fátima y con tal motivo el Santo Padre Francisco se acercará a la *capelinha* de las apariciones. Desde aquí queremos unirnos a esta peregrinación del papa a este santuario.

Fátima es un misterio del amor misericordioso de Dios que a través de María ha querido que la Eucaristía, que es el signo más elocuente del Amor de Dios por toda la humanidad, ocupase el centro de la espiritualidad de su mensaje al mundo. Este mensaje se puede sintetizar en dos realidades: La **adoración eucarística** y la **comunión reparadora** de los primeros sábados. Estas son las dos caras de la única realidad que queda sintetizada en una palabra: Fátima.

Es bueno recordar cómo en la tercera de las apariciones del Ángel a los pastorcillos, después de que ellos hubiesen finalizado el rezo de la oración a la Santísima Trinidad, recibieron la Comunión de manos del Ángel que les dijo aquellas misteriosas palabras: *Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, vilmente*

*ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios.* La Hna. Lúcia, la única vidente que sobrevivió muchos años a aquellos acontecimientos, interpretó aquellas palabras como la realidad a través de la cual aquellos pastorcillos, que eran unos niños, fueron convidados por el mismo Dios para vivir una participación eucarística total; es decir, no solo se les invitaba a participaban de la comunión del Cuerpo y de la Sangre del Señor, sino también de los deseos del corazón misericordioso del mismo Dios que les llamaba a convertir toda su existencia en una vida de reparación por los pecados de la humanidad.

Eso mismo les pedirá más tarde Nuestra Señora, cuando les dijo: *¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quiera enviaros, en acto de reparación por los pecados con que el mismo Dios es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores?* A esta propuesta de la Virgen, aquellos niños respondieron: *Sí queremos.* Actualmente esta propuesta y esta situación son “*políticamente incorrectas*”. ¡Quién se atrevería a invitar y proponer a nuestros niños un mensaje semejante! ¡Seguro que seríamos denunciados!; sin embargo, la realidad ha sido así, tal como lo hemos podido comprobar por la historia reciente. Presentar el mensaje de Fátima desde otras perspectivas es truncar su sentido original. De hecho, años más tarde, cuando la Hna. Lúcia recordaba aquel ofrecimiento, afirmaba: *La señora acogió esta respuesta como una primicia de su Mensaje, y con un gesto de maternal protección envolviéndonos en la inmensa luz de Dios respondió: Vais a tener que sufrir mucho, pero la gracia de Dios estará con vosotros y os confortará.* Es decir, la Virgen María les habló del auténtico sentido de la vida eucarística que es una acción pascual –pasión, muerte y resurrección–, que se vive convirtiendo nuestra existencia en *un don de nosotros mismos* para Dios y por los otros.

La verdadera devoción Mariana, si es auténtica, nos recuerda algo fundamental: oración y reparación; es decir: Eucaristía y Cruz. Si despojamos de estos elementos el mensaje de Fátima corremos el riesgo de enmascarar la auténtica devoción a Nuestra Señora del Rosario de Fátima con una serie de prácticas externas que no tienen ninguna implicación ni en nuestras vidas, ni en de los demás.

Que en este primer centenario de las apariciones de la Virgen de Fátima, contando con el magisterio del papa Francisco y el testimonio de los santos pastorcillos, renovemos la genuina espiritualidad mariana que brota de aquel mensaje que hace un siglo transformó el corazón de muchos creyentes.

Pedid a la Virgen por mí y por las vocaciones.

*J. Leonardo Lemos Montanet*

*Bispo de Ourense*